héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA

EL UNIVERSO MISTERIOSO

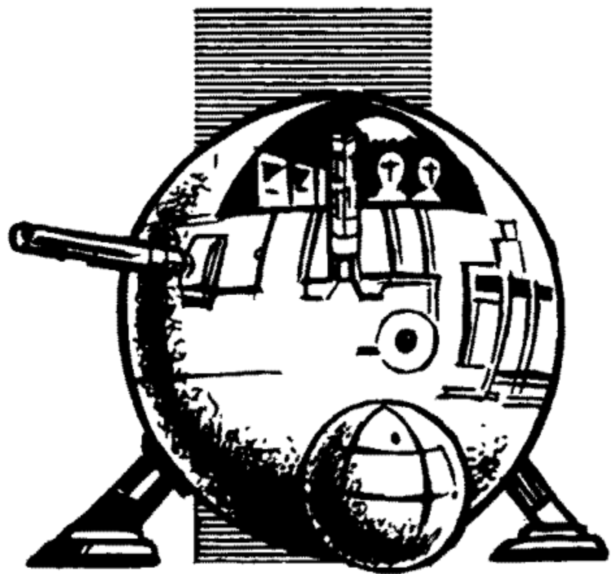
ROCCO SARTO



SOLO PARA ADULTOS



héroes del ESPACIO



ECSA

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

115 — *Los cruzados del tiempo* — Rocco Sarto
116 — *Élite cósmica* — Joseph Lewis
117 — *Premonición fantástica* — Eric Sorenssen
118 — *El hijo de las estrellas* — Joseph Berna
119 — *El mundo de los nictálopes* — Law Space

ROCCO SARTO

El universo misterioso

Colección
HÉROES DEL ESPACIO n.° 120
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-85626-56-7
Depósito legal: B.23.984 - 1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1982
1.ª edición en América: febrero, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de **EBSA**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

La noche era infinita.

Una oscura planicie tridimensional, ilimitada, umbría, extrañamente titilante en el supuesto horizonte, indolente.

Todas las estrellas parecían recién nacidas, refulgentes como chispazos de un repetido pedernal en la comba adivinada del horizonte. Y entre la oscuridad y aquellos disparos eternos de las estrellas había una tercera presencia, distinta a la oscuridad aunque se alimentaba de ella: el espacio.

Y en el espacio anida el silencio.

Una geografía inerte pero viva, creciente en sus latidos milenarios en sus transformaciones prolongadas, imposibles de medir dentro del cerebro del hombre porque no hay una idea que pueda representar billones de años, años temporales que en el espacio no han tenido origen y que jamás tendrán un final.

El tiempo y el espacio pierden valor y se convierten en palabras repetidas hasta el cansancio por los hombres, los ordenadores y los planes de exploración y, sin embargo, no son más que grupos de letras desnudas, imposibles de asimilar del todo. Y en ese preciso instante, cuando el viajero espacial se enfrenta con la imposibilidad de esa asimilación es cuando corre el riesgo de volverse loco.

La locura y el espacio, la locura y el silencio, la locura y el infinito. Todo es un mismo embudo por el que naufraga el cerebro minúsculo y aturdido del hombre cuando el viaje convierte el «tiempo humano» en un microscópico sinsentido comparado con la infinita gloria impertérrita del espacio.

En la Tierra comprendieron que la locura del espacio era un mal al que debían controlar desde el principio para evitar riesgos innecesarios, para evitar accidentes que comprometieran el equilibrio de una raza humana que finalmente había madurado.

A partir del siglo XXV los viajes huían de las galaxias conocidas para acceder a nuevos ámbitos jamás transitados por la tecnología humana, viajes que solían durar varios años terrestres y que, sin embargo, para los viajeros no representaban fisiológicamente el mismo tiempo. Es decir, una vez que se han realizado a bordo de la aeronave todos los supuestos establecidos por el organigrama de

vuelo, entonces el ordenador se hace cargo del programa y los tripulantes duermen el sueño de la juventud.

El *sueño de la juventud* es el sistema por el cual el cuerpo humano no sufre el envejecimiento normal sino que es preservado individualmente, uno por uno, del desgaste del tiempo según sus características particulares. Para ello, una vez que la nave queda en manos del ordenador, los viajeros se recluyen en sus dormitorios, se tienden en el lecho y pulsan el sensor de «preservación».

Un terminal del ordenador, específicamente programado para el tripulante que lo utiliza, vacía la atmósfera del dormitorio y convierte la célula en una placenta de relajación en la que el astronauta disminuye sus constantes vitales a la mínima expresión; una complicada combinación de oxígeno y *eternio* alimentan minuciosamente las células evitando su envejecimiento, pero permitiéndoles crecer sin alterar sus sistema, controlando la «juventud» del sujeto hasta el momento previsto para su recuperación. Los cálculos indican que el tiempo máximo de «preservación» es de cuatro años, y en él el hombre o la mujer no envejecen más de seis minutos en términos naturales. Tras un período de una semana pueden volver a someterse al proceso y dormir otros cuatro años.

El ciclo máximo comprende hasta seis procesos de «preservación» de cuatro años cada uno y sus correspondientes períodos semanales de vida natural, de vigilia. Cumplidos esos veinticuatro años, y tras una minuciosa comprobación fisiológica de los viajeros, deberán permanecer cuatro meses cumpliendo una existencia natural y luego estarán en condiciones de volver a someterse al mismo ciclo de veinticuatro años para emprender el regreso.

Nunca se había realizado un proceso completo de veinticuatro años de viaje de ida e igual número de años de regreso.

Nunca antes.

Hasta que la nave de experimentación *Generatia* fue lanzada en la mañana del 20 de diciembre del año 2501, desde la base confederal de Eurasia, en las proximidades del Kilimanjaro.

La tripulación de la nave *Generatia* fue escogida mediante la intervención de un complicado sistema de reducción de candidatos organizado por el Máximo Ordenador de la Confederación Terrestre, el cerebro magno que metabolizaba todas y cada una de las

decisiones del hombre.

Y, finalmente, la voz dura, serena y lenta del ordenador dictaminó quiénes serían los encargados de llevar la *Generatia* «más allá del círculo».

La expresión *más allá del círculo* fue acuñada por la Confederación para significar todo lo que se encontraba más allá del conocimiento humano, el espacio que escapaba al control y exploración metódica del hombre tras cinco siglos de gloriosos adelantos en la investigación y colonización espacial.

Y todo el saber humano se había topado con una barrera infranqueable: *el círculo*. Es decir, una especie de extraña pantalla más allá de la cual todo era ignoto. Los más fantásticos telescopios chocaban con aquella barrera como si en verdad se tratara de una sólida muralla negra, densa, impenetrable y refractaria.

El círculo era el nombre del cosmos conocido por el hombre y, a la vez, el nombre de esa desconocida frontera que separaba el conocimiento del... desconocimiento.

* * *

El mariscal Blast juntó las manos delante de su rostro y apoyó ligeramente la barbilla sobre los pulgares. Su piel morena, de un tono muy oscuro, destacaba contra la impecable blancura del uniforme que se ajustaba a su cuerpo como una funda. Era un hombre de más de cincuenta años, con unos ojos grandes y penetrantes, una nariz demasiado voluminosa para su rostro estrecho, y dos labios burlones y rosados. Era delgado y musculoso. Los años no habían conseguido doblegar su porte erguido y él lo sabía.

El mariscal Blast era la máxima autoridad de la base de Eurasia y esta base era la más importante de toda la Confederación.

De ella dependían las misiones más arriesgadas, los programas de exploración de emergencia y albergaba en su estructura calefaccionada a un verdadero ejército de hombres y mujeres especialmente seleccionados por el Máximo Ordenador.

Blast dirigía la base de Eurasia desde hacía quince años y había sido el principal promotor de todos los programas espaciales de

mayor éxito económico; los programas cuyo objetivo era registrar el espacio en busca de minerales y fuentes alternativas de energía.

Ahora, tras quince años de experiencia y satisfacciones, su semblante se había relajado un poco pero su severidad no parecía haber sufrido mella alguna.

Presionó un botón del panel que tenía ante sí y cuatro rostros surgieron en la pantalla plateada.

Se trataba de dos hombres y dos mujeres.

Eran los cuatro seres escogidos por el ordenador para tripular la *Generatia más allá del círculo*, en la misión más imprevisible de todas cuantas el propio Blast hubiese dirigido.

Porque más allá del círculo todo era ignorancia.

Blast se permitió una sonrisa antes de indicar al guardia que aguardaba fuera de su gabinete que hiciera pasar a los cuatro elegidos.

A diez metros de distancia, un panel se deslizó en el extremo opuesto del gabinete, y los dos hombres y las dos muchachas se aproximaron a él.

Iban enfundados en los monos amarillos del personal que ya ha sido escogido para una misión inminente, momento en el que eran apartados de la vida social de la base y comenzaban a desarrollar los ejercicios pertinentes.

—Podéis sentaros —indicó Blast.

Su piel negra parecía brillar contra el uniforme blanco y su aspecto resultaba todavía más imponente.

Los cuatro exploradores cruzaron el brazo derecho sobre el pecho, abrieron la mano y extendieron los dedos en abanico sobre el corazón, luego tomaron asiento.

—Voy a presentaros —continuó Blast—. Luego os explicaré cuál es la misión, y más tarde responderé a vuestras preguntas.

Miró uno por uno a todos ellos y luego volvió a sentarse frente al panel.

En la pantalla plateada surgió el rostro de una de las muchachas.

—Koira Mag —dijo Blast—, química, ocho misiones completas, tiempo máximo de exploración y vuelo treinta y cinco años.

La muchacha se puso en pie. Era alta y hermosa. Una cabellera negra enmarcaba un rostro juvenil y bello, de labios pequeños y dientes muy brillantes. Los ojos oscuros eran grandes y picaros, como

si mirasen un espectáculo excitante que sólo ella pudiese comprender.

—Salud —dijo a sus compañeros.

—Delly Zobai —continuó el mariscal—, médica, diez misiones completas, tiempo máximo de exploración y vuelo cuarenta y cuatro años. Ambas cumplen treinta y dos años el próximo enero.

Delly se puso de pie y giró hacia los dos hombres. Era delgada y su anatomía sinuosa parecía tensa y elástica, como la de una gata a punto de saltar. Su piel era oscura, no tan negra como la del mariscal, de un tono cobrizo subido, y el cabello largo y rizado enmarcaba un rostro delgado y anguloso de grandes ojos verdes, extrañamente verdes.

Su voz era grave y firme.

—Salud —dijo con una sonrisa.

Durante algunos momentos el mariscal Blast la observó con atención, era una mujer formidable. Luego presionó el sensor de su panel y surgió el primer hombre.

—Duke Ballist —dijo—, experto en física y electrónica espacial. Nueve misiones completas, tiempo máximo de exploración y vuelo cincuenta y dos años. Edad: treinta y tres años.

Ballist se irguió en toda su estatura. Debía medir dos metros y tenía un cuerpo atlético y musculoso. Una melena lacia y rubia caía sobre sus hombros y confería un aspecto salvaje a su rostro cuadrado y recio, en los que su mirada clara parecía contradecir la solidez de sus facciones con una nota de ingenuidad.

—Salud, amigos —dijo riendo.

Las muchachas lo observaron detenidamente. Era un buen ejemplar de hombre.

—Y por último, el comandante de la misión que les será confiada, Zinder Corgo —dijo Blast.

En la pantalla surgió un rostro de expresión grave y reconcentrada. Grandes ojos negros y nariz recta sobre una boca grande y de labios carnosos. La mandíbula denotaba reciedumbre y el cabello negro y ensortijado complementaba adecuadamente la impresión de seguridad que transmitía el hombre.

—Salud, camaradas —saludó Corgo.

—Zinder Corgo es ingeniero de vuelo y ha realizado el número máximo de misiones permitido: treinta. El ordenador coincidió con la

elección que yo mismo hubiese hecho.

Blast entrecruzó los dedos de sus manos, apoyó los codos encima del panel y descansó la barbilla en los pulgares. Sus ojos penetrantes y sabios volvieron a examinar uno a uno a los elegidos.

Las muchachas sostuvieron su mirada, Ballist le dedicó una sonrisa cachazuda y Zinder parecía indiferente.

Delly Zobai, la espléndida morena de ojos verdes, se removió en su butaca y luego giró el rostro hacia el comandante. Durante un largo minuto sus pupilas destellantes se hundieron en la oscura mirada de Zinder; la piel del rostro adquirió un tono cobrizo, arrebolado, y entonces apartó la mirada del hombre para posarla suavemente en el mariscal.

—Jamás habéis participado juntos en una misión. Ninguno de vosotros ha compartido viaje alguno, por lo que esta exploración que hemos decidido encomendaros será una verdadera prueba de fuego. Nuestro reaseguro es el comandante Corgo y los antecedentes que el ordenador ha elegido como óptimos para la misión, con un porcentaje de casi el 90 %, han correspondido a vosotros. Tenemos la tripulación y tenemos la nave.

Todos observaban expectantes al mariscal. Todos menos Corgo, que parecía ensimismado y a años luz de aquel sitio.

—La nave que los conducirá hasta el objetivo es la *Generatia*.

Esta última frase de Blast produjo un ligero murmullo ininteligible en las dos muchachas y Ballist.

El mariscal detuvo su mirada en el comandante. Estuvo a punto de decir algo y luego se contuvo. Cuando prosiguió, su voz era normal y serena. No obstante, Ballist y las dos muchachas detectaron un impulso en la expresión del mariscal.

—Todos vosotros conocéis los planos de la *Generatia* y su capacidad de acción. Sin ninguna duda es la mejor astronave construida en la Tierra y sus posibilidades son infinitas. El ordenador de a bordo es una síntesis del Máximo Ordenador y está programado para reemplazar automáticamente cualquier pieza, placa, circuito o bloque que sufra algún desperfecto sin necesidad de «despertar» al operador de turno. La nave *Generatia* es la perfección tecnológica para este estadio de nuestro desarrollo científico y seréis vosotros los primeros en tripularla en una misión.

Blast se interrumpió para que todos dirigieran la revelación.

—¿Cuál es la misión? —preguntó el comandante Corgo sin que su expresión se modificara en absoluto.

Koira Mag se inclinó hacia delante para mirarlo. Ballist se limitó a sonreír. Delly Zobai sintió que su corazón palpitaba a destiempo dentro de su pecho. Nadie haría preguntas al mariscal Blast antes de que éste autorizara el turno correspondiente.

Y entonces Delly Zobai recordó el nombre del comandante y fue como si una visión completa y magnífica tranquilizara su espíritu, porque Zinder Corgo era un espécimen muy conocido entre los expedicionarios de élite y lo era por su particularísima personalidad, sólo que ella no lo había reconocido por aquel nombre porque normalmente era llamado *Magno*.

—*Magno*... —murmuró el mariscal sonriendo—, eres imposible.

—Tengo alguna idea sobre cuál será su propuesta, mariscal.

—¿Ah sí?

—En efecto, creo que finalmente han autorizado mi proyecto —dijo Corgo.

Blast se estiró hacia atrás desanudando sus dedos y arrugando el ceño. No era la primera vez que encargaba una misión a Corgo y lo conocía perfectamente. De una parte reconocía que la personalidad del hombre era la más adecuada para las misiones de régimen extremo, es decir aquellas operaciones en las que un cincuenta por ciento del éxito depende del sentido común del comandante, de su capacidad de reacción, de su sentido común, de su libre albedrío.

El otro cincuenta por ciento está en manos del ordenador y de los técnicos.

En los viajes normales, aquellos en los cuales todos los riesgos han sido perfectamente calculados, todos los tripulantes son sólo operarios que cumplen automáticamente su cometido. No tienen necesidad de pensar, de extraer conclusiones de premisas nuevas y extravagantes.

—Así es, comandante, tu plan ha sido finalmente aprobado —confirmó el mariscal.

—¿Por qué? —preguntó Corgo.

—¿Qué quieres decir?

—Pregunto simplemente por qué lo han autorizado ahora, ¿qué ha ocurrido? Hace seis años presenté mi propuesta minuciosamente detallada y año tras año he ido completándola con más datos,

actualizando las posibilidades, reconociendo nuevos elementos de juicio... ¿Por qué ahora? Sé que el motivo no es que la *Generatia* todavía no estaba preparada para un vuelo de tal envergadura, porque se podría haber realizado igualmente utilizando las bases periféricas cada tres años de «preservación». Sí, es interesante que lo hayan decidido precisamente ahora, cuando me encuentro en el límite de mi vida activa como explorador espacial. He cumplido treinta y ocho años.

—Continúas siendo un personaje interesante, Corgo —bromeó el mariscal.

—Procuro ser un hombre pensante, no me gusta vivir en el útero todopoderoso y frío de una computadora.

La réplica conmovió a Delly, no tanto por el sentido que encerraban las palabras del hombre, sino porque de algún modo ella sentía que aquellos conceptos germinaban lentamente en su espíritu, aunque había aprendido a controlarlos para que no le provocaran problemas.

Era preferible no destacarse, no ofrecer ejemplos contrastantes dentro de la meticulosa mecánica de la base selecta de Eurasia. La técnica lo era todo.

—Turno de preguntas —dijo el mariscal apartando la vista del comandante.

—¿Cuál era tu propuesta, comandante? —preguntó Delly.

—Ir más allá del círculo —replicó rápidamente el hombre.

Duke Ballist se irguió en su butaca y su semblante risueño desapareció como por encantamiento.

—¿Más allá del círculo? —repitió pasmado—. ¿Por qué razón?

—Para saber, simplemente —dijo Corgo.

—Me gusta —agregó Delly.

Corgo pareció salir de su ensimismamiento y reparar por fin en Delly. No sonreía y sin embargó la muchacha creyó detectar en él un cierto interés por ella.

—¿Te gusta? ¿Qué es lo que te gusta? —dijo Corgo con serenidad.

—La idea de salir fuera —replicó ella con firmeza—, abandonar las rutas convencionales, por más arriesgadas o dificultosas que puedan ser algunas de ellas, y abrir los ojos más allá de... lo conocido.

Y entonces una sonrisa enorme se dibujó en los labios del comandante.

—Gracias, Delly, es una excelente definición del porqué de mi propuesta.

—¿Cuándo partimos? —intervino Koira Mag.

Su voz era profunda y animada. Antes que nada era una científica y la posibilidad de echar mano a un material ignoto excitaba cada célula de su gloriosa anatomía como si un amante obsesivo se ensañara con ella.

—Cuando el comandante Corgo lo disponga —dijo Blast, sin apartar su mirada de la muchacha.

—Un momento, creo que se trata de algo suficientemente peligroso o al menos... —Duke Ballist se interrumpió buscando el término adecuado—, suficientemente imprevisible como para no discutir la misión.

—Es voluntaria, Ballist —dijo el mariscal.

—No tengo intención de eludir mi responsabilidad, sólo estoy interesado en calcular los riesgos.

—Te enviaré una copia de mi propuesta —lo tranquilizó Corgo, y luego agregó—: Os entregaré una copia a cada uno de vosotros en cuanto esté seguro de que formaréis parte de la tripulación.

Blast se removió inquieto en su butaca. Esperaba algo por el estilo y sabía perfectamente que en última instancia era responsabilidad del comandante aprobar a su tripulación. Los viajes duraban demasiado tiempo y la locura del espacio aguardaba en cada rincón de la nave. El comandante debía tener la última palabra.

Delly miró furiosa al comandante.

—¿Qué más necesitas para dar tu aprobación? El ordenador lo ha designado con la supervisión del equipo ejecutivo de la federación. ¿Qué más necesitas?

No había irritación en su voz, sino en su aspecto, en su rostro, en su respiración. Y no era normal que la irritación acometiera a un explorador con los antecedentes de la muchacha.

—Tú estás aprobada, muchacha —la sorprendió Corgo, que sostenía serenamente su encendida mirada.

—¿Ah sí? ¿Cómo lo has decidido? —inquirió ella, estupefacta.

—Porque tienes impulsos súbitos, algo demasiado valioso para dejarlo escapar —replicó Corgo.

—¿Qué debo hacer para impresionarte, comandante? —preguntó Koira, mordiéndose el labio inferior.

Corgo se puso de pie, paseó durante unos momentos por la estancia frotándose la nuca con una mano como si procurara alejar de aquel sitio una incómoda fatiga acumulada durante años, y finalmente se detuvo delante de la muchacha.

—Tú también vendrás siempre que realmente lo desees —dijo sonriendo.

—No hay nada que desee más en el mundo conocido —rio la muchacha, y volviéndose hacia Duke Ballist lo cogió de una mano y se la apretó con fuerza mirándolo a los ojos—. Vamos, campeón, tus nietos admirarán tu fotografía de bucanero emprendedor.

—Iré si prometes ocuparte de mí —replicó Ballist acariciando la mano de la muchacha—. Ya sabes, arrancarme de mis depresiones, relatarme aburridas fórmulas químicas antes de que me retire a dormir y despertarme cada cuatro años con una taza de café humeante y el periódico del día. ¿Crees que podrás conseguirlo?

Corgo palmeó al experto en física y volviéndose hacia Blast lo apuntó con el índice como si fuese el cañón de un arma y disparó:

—Mariscal, es usted un viejo zorro en estas lides. Sabía qué clase de tipos tenía ante sí, ¿no es verdad?

—El ordenador puso su granito de arena —bromeó Blast.

—Bien, ya tiene la tripulación y también la nave —agregó Corgo alterando su expresión risueña para adoptar un aire serio y nuevamente ensimismado—. Ahora díganos cuál es la razón, la verdadera razón por la que han aprobado mi propuesta.

—Creemos que ha llegado el momento de probar que el universo continúa más allá del círculo —dijo el almirante.

—No es ésa la verdadera razón —insistió Corgo, mientras todos los demás aguardaban que el viejo mariscal se irritara por la falta de respeto del comandante.

—No, no es ésa la verdadera razón, pero tampoco es un pretexto, Corgo. La verdad es que existe la teoría de que el cosmos termina allí. Como una avenida contra un muro oscuro e impenetrable y si es así hemos llegado al final de nuestro paseo y nos estamos dando la nariz contra una puerta que no da a ninguna parte. Es difícil de creer porque nadie es capaz de imaginar un cosmos finito, con límites. ¿Cómo diablos puede ser?

—Iremos a buscar la respuesta, mariscal —dijo Corgo.

* * *

Ahora la *Generatia* era una partícula despreciable, pero viva, flotando en dirección al círculo ignoto a una velocidad superior a la de la luz, al posible límite del universo, al último rincón conocido que era a la vez el vestíbulo de un nuevo universo o el final del universo explorado por la Tierra, la cáscara del cosmos.

El silencio era como una sombra pastosa y densa sumergido en la noche brutal del espacio quieto.

Los cuatro tripulantes de la nave más perfecta, la *Generatia*, dormían su último período de cuatro años, preservándose de la vejez, de la demencia espacial, acercándose al círculo.

Se hallaban a veintitrés años de vuelo de la Tierra, el doble de la distancia jamás alcanzada por una nave terrestre en vuelo de ida solamente y todavía les aguardaba un año más antes de despertar en el confín del universo conocido, allí donde la nada era como una tapia firme y negra, impermeable a los telescopios del siglo XXV.

Y entonces ocurrió lo imprevisto.

CAPÍTULO II

El componente de *eternio* fue retirado paulatinamente de la composición del aire ambiental y el ordenador, metódicamente, devolvió a los detenidos pulmones de los tripulantes el alimento natural, revivificante, el oxígeno respirable en condiciones normales.

El proceso de aquietamiento celular perdió consistencia y los tejidos se recuperaron reasumiendo su antigua elasticidad, su palpitación viva, su condición de vigilia biológica.

Todo el proceso del «despertar» duraba un día completo, durante el cual se realizaba un análisis minucioso del desgaste individual de cada expedicionario, y —llegado el caso— al necesitado se le sometía a un tratamiento intensivo de tonificación.

Zinder Corgo abrió los ojos y miró la oscuridad de su célula-dormitorio. En su cerebro la ensoñación de tres años no había conseguido cubrir la disposición mental que le permitía controlar la misión, por lo que comprendió inmediatamente que había transcurrido el plazo previsto. Se sentó en el lecho, respiró profundamente y se puso de pie. Tomó una ducha rápida y se vistió con un uniforme nuevo. Luego abrió el panel de su célula y salió al pasillo. Se dirigió directamente a la sala de control de la nave y tomó asiento ante el panel del ordenador. Presionó el sensor de información y la señal roja intermitente lo conmovió como una bofetada.

Su cuerpo perdió la serenidad y, con celeridad y precisión, se precipitó sobre el teclado del ordenador. Sus dedos recorrieron los sensores como si fuesen tentáculos diligentes y nerviosos, buscando las claves de la información.

Comenzó a leer los primeros datos en la pantalla: tres años justos de vuelo en el último ciclo. Era una situación extraña. El ordenador sólo debía despertarlos en el caso de una anormalidad no prevista en su infinita programación, lo que en realidad era prácticamente imposible que ocurriera.

Y allí estaba la prueba de que efectivamente el cerebro magnífico y artificial que latía en el corazón de la nave se había topado con una señal imposible de codificar, y por tanto había despertado a la tripulación.

Delly Zobai entró en la sala de control con el cabello todavía húmedo por la ducha. Corgo se volvió a mirarla y a pesar del misterio que envolvía el «despertar» no pudo evitar el sentimiento poderoso que lo invadía ante la presencia de aquella formidable muchacha.

—Buenos días —saludó ella con una sonrisa.

—¿Te encuentras bien?

—Maravillosamente. ¿Dónde estamos?

—No lo sé. Siéntate y ayúdame; El ordenador nos ha despertado un año antes de lo previsto.

La sonrisa desapareció del rostro de la muchacha.

—Tiene que haber algún error.

—No lo hay. He confirmado los datos. ¿Dónde está Duke?

—No lo he visto todavía. El y Koira Mag siempre se retrasan —replicó Delly sin ninguna mala intención.

—Hemos conservado el curso previsto y según todos los cálculos nos encontramos a un año de distancia del *Círculo Exterior*.

—¿Qué dice «Nasha»? —preguntó la muchacha refiriéndose a la computadora por el sobrenombre que habían decidido otorgarle.

—Nada. Continúa informando con normalidad, sólo que nos ha despertado antes y el indicador rojo da cuenta de ello con su parpadeo; nada más.

—Voy a buscar a Duke, él debe tener alguna explicación.

—No, no se trata de ningún desperfecto técnico, Delly.

—¿Cómo?

—Lo que has oído, no se trata de ningún desperfecto. «Nasha» nos ha despertado porque en un momento del viaje, durante las últimas doce horas, detectó una señal que no pudo decodificar.

—Entonces tiene que haberla registrado en su memoria.

—Estoy buscándola, pero no tengo éxito. Es como si se hubiera borrado.

—No es posible.

—No, no lo es.

—¿Dónde está el café humeante y el periódico del día, camaradas? —preguntó Duke sonriendo como un galán de la antigüedad.

—Pregúntale a Koira, malcriado. Fue ella quien se comprometió a atenderte como a un anacrónico machista del siglo XXV —replicó

Delly sonriendo a su vez.

—Duke, tenemos problemas —dijo Corgo sin apartar la mirada de la pantalla.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Koira entrando en la sala.

El humor había desaparecido del ambiente, borrado de un soplo por las palabras del comandante.

Zinder Corgo explicó la situación a los recién llegados y Duke comprobó una vez más los datos en el ordenador.

—Es cierto, estamos en pleno viaje, todo es absolutamente normal, no hay ningún indicio de peligro y sin embargo… —dijo Duke pensativamente.

—Si no hay ninguna señal que explique la situación en la memoria de «Nasha» puede deberse a que continúe detectando la extraña señal que la obligó a despertarnos.

La voz de Koira era serena, como si estuviera reflexionando en voz alta, buscando el motivo.

—No hay ningún indicio de anormalidad —dijo Duke.

—¿Cómo es el espacio ahí fuera? —preguntó Delly.

Corgo operó el teclado del ordenador y dos grandes paneles se deslizaron sobre los muros herméticos de *Generatia*, dejando al descubierto sendos enormes ventanales blindados.

—Luces de posición —dijo Corgo.

Duke encendió los reflectores exteriores de la nave y los haces amarillentos se proyectaron como racimos de conos truncados en la densa oscuridad del espacio.

—No hay estrellas —dijo Koira.

—Eso lo sabíamos desde antes —intervino Corgo—. Es un área vacía, negra y aparentemente… decisiva.

—Sí, lo sabíamos —aceptó Koira—, pero debes reconocer que verlo directamente resulta impresionante.

—Voy a modificar la dirección de los reflectores exteriores —anunció Duke.

En aquella infinita oscuridad, sin puntos de referencia, la nave parecía flotar suspendida en un océano en tinieblas; como si no llevara una velocidad próxima a la de la luz.

—¿Qué diablos significa esto? —estalló Duke.

Los haces luminosos de los reflectores, capaces de alcanzar una

distancia de varios kilómetros, se cortaban bruscamente cuando eran orientados hacia la proa de la nave.

—Un momento, un momento... —farfulló Corgo cogiendo los mandos que controlaban los reflectores.

—¿Qué pasa, Zinder? —preguntó Delly.

—Creo que... —se interrumpió en el momento preciso en que orientaba todos los haces exteriores hacia el hocico de la nave.

Los larguísimos conos truncados desaparecían a la altura del extremo anterior de la *Generatia*.

—¡Es imposible! —estalló Duke Ballist.

—Silencio —recomendó el comandante, y repitió un giro de 360° con los mandos de los reflectores.

Los haces se proyectaban sin dificultad, cubriendo el espacio de varios kilómetros previsto en todos los sentidos excepto cuando eran dirigidos rectos hacia adelante.

Entonces se interrumpían bruscamente, fagocitados por el plano negro y transversal que pasaba por el hocico de la nave.

—Algo está ocurriendo allí fuera... —dijo Koira, y un sentimiento de temor sobrecogió a todo el grupo.

—Es como si hubiese... un muro —Koira Mag procuró definir el fenómeno.

—El muro que nuestros telescopios eran incapaces de atravesar, ¿no es así? —agregó Duke.

—¿Quieres decir que eso, sea lo que fuere, es como una piel que envuelve el espacio conocido?

La voz de Delly era la de una chiquilla a mitad de camino entre la fascinación y el terror.

—Es una buena descripción —intervino Corgo—, pero hemos venido hasta aquí para comprobarlo.

—La nave está desplazándose, comandante. Los controles señalan una velocidad constante próxima a la velocidad de la luz. No hay ningún dato en los radares que revelen la presencia de esa... pared. —Duke se detuvo un instante para echar una mirada al exterior y verificar una vez más que, efectivamente, los haces luminosos era fracturados por una presencia obvia, allí, justo en el extremo de proa de la nave.

—Es un fenómeno extraño y que no tiene precedentes —dijo Corgo—, pero que está a la vista. La *Generatia* está apoyada contra

algo que le impide continuar su itinerario a pesar de que las turbinas funcionan perfectamente y la velocidad se mantiene constante. Estamos desplazándonos hacia ninguna parte y es ésa la razón por la que «Nasha» no ha conservado ningún dato especial en su memoria. Nada ha ocurrido en realidad que modificara nuestro curso, ni nuestro rumbo, ni nuestra velocidad; nada de nada. Las constantes se mantienen, sólo que no avanzamos en absoluto.

La explicación de Corgo no era completa.

—¿Por qué nos despertó? —preguntó Delly.

—No lo sé —admitió el comandante.

—Tal vez sólo haya sido porque algo insólito estaba ocurriendo. Nada concreto como para dejar una huella en la memoria de «Nasha», pero sí lo suficientemente fuera del ordenamiento como para sensibilizar el sistema de alarma —aventuró Koira.

—Lo importante es que nos hallamos en una situación estimulante —dijo Corgo—, hemos llegado al confín del cosmos conocido. Voy a salir.

El comandante cortó la energía de las turbinas y el zumbido constante de la nave desapareció rápidamente. Sólo se detectaba un lejano rumor, apenas perceptible, que daba cuenta de que el sistema energético básico de *Generatia* continuaba activo.

—Vigila el radar y sensibiliza el ordenador —añadió—, no quiero sorpresas. Si nos alejamos un centímetro de ese… muro o lo que sea, quiero saberlo de inmediato. Voy en busca de mi traje presurizado.

Dicho esto el comandante salió de la cámara de control.

Delly Zobai observó la inmovilidad de la nave en el espectro del visor de la computadora. Era sólo una muesca minúscula en el vacío infinito o, mejor dicho, finito…

—¿Qué crees, Delly? —preguntó Koira pasando un brazo por encima de los hombros de Duke.

—Creo que allí afuera hay algo. Algo siniestro.

—¿Por qué siniestro?

Duke permanecía atento a la pantalla del ordenador.

—Porque puedo sentirlo como una presencia sólida —dijo convencida la hermosa muchacha morena, y sus ojos verdes destellaron en la luz amarillenta de la cámara.

Dio media vuelta y se dirigió hacia el panel de salida; se detuvo antes de salir de la estancia y sonrió a la pareja que permanecía

pendiente de las señales quietas de «Nasha».

—Le pediré que me permita acompañarlo, tengo que saber qué diablos hay allí fuera.

—Dejad el contacto radial abierto y no os alejéis demasiado. ¿De acuerdo? Koira y yo os tendremos continuamente encuadrados en el visor y a la menor sospecha de riesgo activáremos el sistema de recuperación para devolveros inmediatamente a la nave. Díselo a *Magno*.

«Magno —pensó Delly—. Ahora, cuando nos enfrentamos a un obstáculo lo llamamos por su apodo, como si la sola palabra fuera una invocación al sentido común, a las decisiones rápidas y precisas...»

Salió de la cámara.

* * *

Magno abrió la compuerta que daba acceso a la cámara intermedia y una vez que la muchacha hubo entrado volvió a cerrarla.

—Controla la escafandra —advirtió—, allí afuera la temperatura podría convertirte en un bloque de hielo en pocas décimas de segundo.

—Lo sé.

—Duke, ¿puedes oírme?

—Perfectamente.

—Bien, Delly y yo iremos a echar un vistazo. Llevo un sensor de alteraciones químicas en el vientre. Quiero que Koira me describa exactamente las reacciones de mi organismo a medida que me aproxime a esa dichosa pared.

—Comprendido, *Magno* —dijo Koira.

—Si me ocurre algo, lo que sea, debéis recuperar inmediatamente a Delly y alejaros de aquí. No admito réplicas.

—De acuerdo, comandante —aceptó Duke.

El cuerpo duro y musculoso de Zinder Corgo destacaba contra el traje elástico y, a través de la escafandra, su piel oscura brillaba de sudor.

—¿Preparada? —preguntó a la muchacha.

—Preparada —replicó Delly.

Corgo abrió la compuerta que daba al exterior y se dejó arrastrar por la llamada del vacío. Delly fue tras él, flotando controladamente hasta que *Magno* la cogió de una mano y caminaron sobre la estructura de la nave con las botas adhesivas; primero un pie y antes de alzarlo totalmente, el segundo pie se fijaba con seguridad y entonces daban el siguiente paso.

Si el vacío los llegara a succionar siempre podrían recurrir a los impulsores atómicos, pero Corgo prefería evitar cualquier liberación súbita de energía.

Marcharon sobre la capa indestructible de *Generatia*, como diminutos parásitos de una monstruosa ballena espacial. Recorrieron los trescientos metros que los separaban del extremo anterior y se detuvieron.

—Voy a adelantarme, Duke; prestad atención a todos mis movimientos —dijo *Magno*.

—Estamos advertidos —replicó Koira.

—Delly, quédate aquí y no cometas ninguna imprudencia, ¿de acuerdo?

—Estaré a tu lado, no temas —replicó ella con un extraño tono de voz.

Magno le dedicó una larga mirada y luego se soltó de su mano para avanzar hacia el negro muro que había detenido a la nave.

Delly presionó un sensor del cinturón de su traje y desconectó el sistema de recuperación. Si algo le ocurría a *Magno* ella no sería devuelta a la nave, iría tras él y procuraría ayudarlo. Estaba decidida.

El comandante se volvió hacia ella.

Estaba a menos de un metro de la oscuridad donde desaparecían los haces luminosos de los reflectores.

Delly sintió que el corazón se detenía en su pecho y entonces *Magno* dio el último paso sobre el aguzado hocico de la nave y sus manos tocaron algo.

La muchacha vio el cuerpo enfundado en el poderoso traje espacial inmovilizado, con los brazos extendidos hacia la muralla de oscuridad, detenido repentinamente como si sólo fuese una estatua.

—¿*Magno*? —llamó.

—¿Qué ocurre, Delly? —resonó apremiante la voz de Duke Ballist

dentro de su escafandra.

—No lo sé, se ha quedado inmovilizado.

—¡No detecto ninguna constante vital! —gritó Koira.

—*¡Magno!* —estalló Delly y se adelantó hacia él.

—¡Detente, maldita sea! —aulló Duke accionando el sistema de recuperación sin resultado.

—Veré qué le ocurre —dijo Delly son serenidad—. Camarada, he desconectado el sistema, de modo que no te agites. Tengo que ver qué le ocurre.

—Delly… —resonó ahora la voz de Koira—. Delly, escúchame, si está allí ya no es nada, no hay ninguna señal de su presencia, ni vivo ni muerto, es como si…

Se interrumpió súbitamente porque Delly estiró los brazos y cogió el traje espacial de *Magno*. Lo apartó del muro y lo dio la vuelta.

Un grito de horror brotó de su garganta e hirió los oídos de Duke y Koira.

—¿Qué le ha ocurrido? Por favor, Delly, responde —la apremió la muchacha desde el interior de la nave.

—No… —murmuró Delly.

—Vamos, dinos qué está ocurriendo allí —insistió Duke.

—No está… —dijo Delly con un hilo de voz—, no está aquí, el traje está… vacío…

—¡Regresa, Delly, por lo que más quieras! ¡No hagas ninguna tontería y ven aquí, pensaremos en algo! —dijo Duke con desesperación.

Delly se llevó la mano al cinturón. Durante varios segundos el pánico se apoderó de ella pero entonces la voz de Duke volvió a insistir:

—Delly, quiero que conectes nuevamente el sistema. Voy a traerte a bordo.

Estiró los dos brazos y sintió que sus dedos se hundían en una masa gelatinosa, perfectamente palpable, suave y que adivinaba húmeda a través de los poderosos guantes aislantes.

Toda esta gama de percepciones duró una milésima de segundo porque casi instantáneamente sintió que algo la absorbía con violencia aunque sin hacerle ningún daño y experimentó una sensación placentera cuando su cuerpo liberado y desnudo se revolvió en medio de una densa marea umbría acariciándola…

meciéndola como si se hundiera sin pánico en un profundo océano tibio y delicioso.

* * *

—¿Duke?

—Ha desaparecido, lo sé —replicó Ballist.

—Pero ¿qué ha ocurrido? No puedo comprenderlo.

—Tranquilízate. Permaneceremos aquí dentro, sentados y reflexionando hasta que se nos ocurra algo. No ganaremos nada dejándonos llevar por el pánico.

La muchacha respiró profundamente, con los ojos fijos en los guarismos de la pantalla del ordenador. Eran guarismos indicativos de la composición química de los trajes espaciales que permanecían erectos y vacíos allí afuera, en la proa de la nave.

Nada más.

Si pocos segundos antes había dentro de ellos dos seres humanos, ahora no quedaba una sola señal que diera cuenta de ellos.

Simplemente habían desaparecido.

—Sea lo que fuere no se trata de nada... físico —dijo Koira.

Duke la observó expectante.

—¿Qué dices?

—Mira la pantalla, Duke. Sólo indicaciones de los trajes espaciales. Quiere decir que algo los ha... raptado. Algo se los ha llevado de dentro mismo de los trajes sin alterar en absoluto la escafandra ni el material aislante de los atuendos. ¿Lo ves? Es como si...

—Como si se hubiesen desmaterializado —dijo Duke.

—Eso es.

—¡Increíble!

—No, tiene que haber alguna explicación. Lo hemos visto todo, somos testigos.

—Voy a recuperar los trajes —dijo Duke.

—Sin salir de la nave —pidió ella con angustia.

—Tranquilízate.

Duke dio las instrucciones precisas al ordenador y un minuto más tarde un pequeño robot de forma estrafalaria rodaba sobre la

superficie de la nave en busca de los trajes espaciales.

El pequeño ingenio cogió los dos trajes y los introdujo en un contenedor descontaminante de su propia estructura.

—Un momento, ¿por qué no haces que se aproxime a esa maldita muralla negra? —sugirió Koira.

—Porque se trata de una máquina y no ocurrirá nada. Del mismo modo que nada le ocurrió a la nave cuando se apoyó contra ese muro impulsada por la plena fuerza de las turbinas.

—Inténtalo —insistió la muchacha.

—De acuerdo.

«Nasha», programada con las nuevas indicaciones, impulsó al robot hacia el hocico del *Generatia* y lo detuvo cuando el ingenio se apoyó contra el muro oscuro.

—¿Lo ves?

—Sí, pero ordénale que traiga una muestra.

Duke miró a la muchacha.

—Reconozco que no se me había ocurrido, pequeña.

—Deformación profesional —dijo ella sin apartar la mirada de la pantalla del ordenador—. Estás acostumbrado a ocuparte de objetos mecánicos, cibernéticos, biónicos… y te olvidas de todo cuanto no sea tecnológico.

—Es cierto.

El pequeño robot recibió la orden y de uno de sus flancos brotó un brazo largo y articulado en cuyo extremo había una pinza especialmente diseñada.

La pinza se proyectó hacia el muro, se cerró y una cobertura aislante cubrió inmediatamente el trozo cogido.

Entonces un pequeño destello iluminó el sitio donde se había producido el contacto del robot. Un destello minúsculo e insonoro.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Koira.

—No lo sé.

Duke ordenó al robot que regresara.

—Voy al laboratorio —anunció Koira—. He de ver qué ha traído el robot.

Duke asintió en silencio. Su cabeza era un tiovivo imposible de detener. Un tiovivo que giraba alrededor de la idea de la muerte.

CAPÍTULO III

Magno sintió que su rostro reía. Era como si los pliegues de la sonrisa pertenecieran a una máscara de él mismo, una máscara que no podía ver pero sí experimentar.

Y que su cuerpo se relajaba, invadido por una nube de suave algodón oscuro, algodón negro y cálido, y caía ligero hacia la nada como una hoja en la brisa.

Su cerebro se rebeló ante la indolencia que conquistaba su cuerpo, ante aquella esquizofrénica sensación de ser actor y espectador de su propia caída.

Trató de abrir los ojos pero no pudo conseguirlo. A través de los párpados sólo se filtraba una luz agrisada, constante.

Súbitamente dejó de flotar, de oscilar en la nube de algodón negro, de caer hacia la nada y reconoció el suelo duro y un olor que jamás había sentido antes.

Abrió los ojos y miró a su alrededor.

Estaba desnudo, sentado sobre una capa de tierra reseca y dura, de color rojizo, en medio de una estepa.

No veía el origen de la luz, no había ningún sol en el cielo pálido, blanquecino e iluminado. Era un planeta, indudablemente; un planeta iluminado por una fuente de energía, luz y calor que no podía discernir.

Se incorporó aturdido.

La estepa se prolongaba a su alrededor hasta un horizonte próximo en el que se divisaba una serie de extrañas formaciones rocosas, amarillentas y amenazadoras.

No comprendía qué le había ocurrido y buscó en el cielo una señal de la nave. No pudo hallarla. Recordó entonces el espacio absolutamente oscuro, los haces de luz interrumpidos por aquella muralla incomprensible y su intención de comprobar por sí mismo qué era aquello que impedía el avance de *Generatia*.

Y súbitamente recordó a Delly y una punzada de dolor se ensañó en su pecho.

Miró su cuerpo desnudo, brillante de sudor sobre la piel negra, tensada por los músculos y procuró comprender qué era lo que había sucedido.

No tenía ninguna respuesta.

Estaba perdido en un mundo imposible, un mundo que sólo existía más allá del círculo, un mundo que ningún instrumento de observación había detectado jamás.

Respiró profundamente y comenzó a caminar sin nimbo fijo. Cualquier sitio le daba igual, sólo quería moverse.

Fue más un pálpito que una señal definida. Una sensación fuerte y brutal la que lo hizo darse la vuelta.

—¿Delly? —murmuró.

A pocos metros de donde él había «caído» vio el cuerpo maravilloso, desnudo y pletórico de la muchacha morena.

—¿Delly? —repitió pasmado.

La muchacha abrió los ojos y las magníficas pupilas verdes buscaron adecuarse al panorama insólito que se abría ante ellas.

—¿*Magno*?

Corgo corrió hacia ella, se dejó caer arrodillado y la tomó entre sus brazos.

—Oh, Delly… —murmuró abrazándola con fuerza.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es esto?

—Tú estabas conmigo, ¿qué me ocurrió?

—Pues… tú te adelantaste y estiraste los brazos para tocar la muralla, allí donde se perdían los haces de luz y de pronto…

—Continúa, por favor.

—Vi que te inmovilizabas y avancé hacia ti.

—¿Por qué lo hiciste? Tenías órdenes precisas. Duke tenía que recuperarte y…

—Yo desconecté el sistema de recuperación antes de que tú… desaparecieras.

—Pero ¿por qué?

—Porque no deseaba dejarte solo.

Corgo aspiró el aroma que exhalaba el cabello de la muchacha y rozó con sus labios la frente húmeda de sudor.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Koira no detectó ninguna señal dentro del traje y dijo que allí no había nada. Yo me acerqué y vi que efectivamente habías desaparecido y entonces alargué mis brazos y hundí los dedos en el muro. Luego no sé cómo… me pareció flotar en una nube suave y tibia hasta que llegué aquí. ¿Qué es esto?

—No lo sé. Un planeta desconocido. Estamos *más allá del círculo*.

Delly se puso de pie y en ese momento descubrió su propia desnudez y la desnudez del hombre.

Cruzó los brazos para cubrir los senos erguidos y redondos y apretó los muslos en un gesto de indefensión tan antiguo como la propia raza humana.

—No debes inquietarte por tu desnudez, muchacha. Es a mí a quien debe preocuparme, eres bellísima.

Corgo pasó un brazo por encima de los hombros de la mujer y la atrajo contra él.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó ella.

—Buscar una explicación.

—¿Dónde? ¿Cómo?

—Exploraremos los alrededores. Tenemos que buscar refugio, agua y alimentos. No sabemos si este planeta es peligroso. Somos como náufragos indefensos en un territorio desconocido.

Delly se apartó del hombre.

—Es mejor así, debemos conservarnos enteros, capaces de reflexionar.

—Quiero decir que casi... me alegro de esta situación.

—Comprendo.

—¿De verdad?

—Claro que sí. Es como si hubiésemos regresado a la edad de piedra. Desnudos y en pareja en un planeta nuevo.

Se cogieron de las manos y echaron a andar.

—¿Cómo habrá sucedido? —preguntó *Magno*—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Se te ocurre alguna explicación?

—Sólo una —dijo ella pensativa—, una teoría difícil de probar pero la única que se me ocurre sin entrar en el ámbito de la ciencia ficción.

Magno lanzó una carcajada.

—Vivimos en el ámbito de la ciencia ficción. La aparición de ese extraño muro blando y oscuro como una cobertura del cosmos. Hasta he pensado que todos los sistemas conocidos existen dentro de una burbuja negra que flota... —Se interrumpió, avergonzado de aquella idea insensata.

—Una burbuja que flota en el espacio... Sí, ¿por qué no? A fin de cuentas somos viajeros de un tipo muy especial: viajeros del

imposible, expedicionarios de mentalidad abierta, acostumbrados a toparnos con lo inconcebible y aceptarlo como un objeto de investigación.

—Dejémonos de desvaríos, muchacha, y dime cuál es tu explicación. ¿Cómo hemos sido transportados hasta aquí, desnudos?

Delly reasumió su propia desnudez, sin embargo esta vez la aceptó con una naturalidad mayor, como si fuese lógica en medio de aquel paisaje rojizo, caluroso y yermo. Como si, efectivamente, todo debiese comenzar desde la nada, cuerpos y paisaje víctimas de la más insólita de las intemperies.

—Han existido experiencias de desmaterialización y posterior materialización en sitios diferentes a aquellos en que se ha iniciado el experimento. Hay varias teorías que procuran establecer el fenómeno de la desmaterialización pero ninguna de ellas se ha aceptado definitivamente. Creo no obstante que una fuerza muy particular, una fuerza que podríamos llamar psíquica, si es que la psique existe de algún modo en este planeta ignorado, una fuerza psíquica nos ha atraído hasta aquí. Sólo a nosotros, a los seres vivientes, no a nuestros atuendos.

Delly se interrumpió, analizando sus propias ideas.

—Es posible —reconoció *Magno*—, si es que una explicación terrestre sirve para dar cuenta de un hecho acaecido fuera del ámbito humano.

—Tienes razón, todo es posible. La razón debe hallarse en algún sitio de este lugar inhóspito.

—Tal vez no sea inhóspito. Recuerda que sólo hemos avanzado un par de kilómetros. Es posible que detrás de aquellas extravagantes montañas el paisaje cambie para mejor.

Aumentaron la velocidad de la marcha, cogidos de las manos, con la mirada hundida en el lejano horizonte, coloreado por los tonos brillantes de aquella luz sin sol, tibia y blanquecina que no parecía diferente a la claridad que proporcionaba el sol terrestre.

—Tengo el presentimiento de que no estamos solos aquí, *Magno*.

—¿Por qué?

—No lo sé, es un presentimiento. No podemos ser los únicos. Hay alguien más. Estoy segura.

—No te inquietes. Buscaremos un sitio para albergamos y nos ocuparemos de hallar alimentos y agua.

—Y ropas o algo con que cubrimos —agregó la muchacha.

—¿Por qué?

Delly lo miró con sus indescriptibles ojos verdes y sonrió con picardía.

—No hablo como mujer avergonzada, como una adolescente atrapada por los inconvenientes de la desnudez ante un lobo atractivo como tú. Digo que tendríamos que hallar algo con lo que cubrimos desde una perspectiva estrictamente médica. Soy médico, ¿recuerdas? No sabemos si esta luz puede dañamos la piel, si la composición del suelo es dañina. No estaños acostumbrados a andar por el mundo desprotegidos, sin botas, sin atuendos, sin gafas...

—¿Sabes, muchacha? Con tal de continuar viéndote tal como estás, hermosa y desnuda, soy capaz de correr cualquier riesgo.

Delly se detuvo, se alzó sobre la punta de sus pies y besó con fuerza los labios del hombre.

Magno la apretó contra su cuerpo negro, estrechándola con fuerza, sintiendo en su propia carne la piel morena y tensa de la mujer.

—De acuerdo —admitió ella con una sonrisa—. Primero buscaremos un sitio donde cobijamos y luego...

* * *

—¿Has descubierto algo?

Duke entró en el laboratorio y se sentó a pocos pasos de la muchacha inclinada sobre un ultrascopio conectado al ordenador.

—Tal vez.

—No te entiendo.

—Es algo complicado de explicar.

—Inténtalo.

—Bien, el tejido que compone la muestra que nos proporcionó el robot es... mixto.

—¿Mixto?

—Exacto. Los elementos que lo constituyen responden a dos grupos generales: uno natural y otro artificial.

Duke se puso de pie para acercarse a la muchacha.

—Continúa.

—Según «Nasha», y yo estoy en un todo de acuerdo con ella, el análisis ultrascópico demuestra que existen células que podríamos llamar naturales y otras que denominaré sintéticas.

—Pero eso es… increíble.

—No hay duda al respecto.

—¿De qué están hechas? ¿Algún elemento reconocido?

—SI, todos son elementos conocidos, o al menos son conocidos cuando se los aísla. Pero lo que no es conocido es el modo en que se han acoplado. ¿Entiendes? Los compuestos formados por cada elemento simple son imposibles de obtener, y sin embargo, allí los tienes.

Duke echó una mirada por el ultrascopio pero no consiguió comprender qué diablos era aquel collage movedizo y multicolor que danzaba incesantemente.

—Trataré de darte un ejemplo estúpido, pero válido.

—Adelante.

—Imagínate que un hombre de Neanderthal se acoplara con un androide sintético, un ser producido en el laboratorio, y que de esa unión naciera un… hijo o como quiera que deba llamársele.

—Estás loca.

Koira no le prestó atención y continuó con su explicación.

—Bien, este tejido sería una muestra de un trozo celular de ese engendro mitad prehistórico y mitad androide artificial. ¿Puedes comprenderlo?

—¿Tú qué crees?

—Que es difícil de aceptar.

—Bien, es lo primero sensato que te escucho desde que comenzaste con tu explicación. ¿Cómo sabes que el componente natural es similar al de un hombre prehistórico?

—Porque «Nasha» lo ha dicho.

—¿Qué demonios es todo esto? —estalló Duke—. ¿Dónde están Delly y *Magno*? ¿Cómo han podido desaparecer así? Voy a volverme loco.

—No lo harás mientras no sepamos que han muerto —advirtió Koira, con una serenidad que calmó instantáneamente al hombre.

—¿Crees que están vivos?

—Sí, lo creo.

—¿Por qué?

—Porque tengo una teoría. Algo, una fuerza poderosa los ha transportado *más allá del círculo*.

—¿Qué clase de fuerza?

—Si me prometes permanecer cuerdo te lo diré.

—Lo prometo.

—Una poderosa, invisible, abrumadora, especialísima fuerza mental.

Duke dio media vuelta y se dejó caer en la butaca de la que se había levantado poco antes.

—Te diré algo, muñeca. Creo en la desmaterialización. ¿Qué me contestas?

—Que pongamos manos a la obra.

—Tenemos que reunimos con ellos sin riesgos.

—Exacto.

—Bien. Pensemos cómo lograrlo. ¿Cómo regresaremos con ellos una vez que hayamos sido transportados, si en verdad están vivos y si en verdad nosotros sobrevivimos a la experiencia?

—Tal vez echamos mano a esto —dijo Koira señalando el preparado del ultrascopio.

—¿De qué modo?

—Entre los dos podemos formar una especie de capa con el tejido del muro. Una capa que permita…

—Aguarda un momento, creo que lo tengo… —la interrumpió Duke—. Sí, lo tengo. Es una idea demencial pero todo lo que nos ocurre es demencial. ¿Has sometido tu teoría de la desmaterialización a «Nasha»?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho?

—De entre los millones de posibilidades susceptibles de ser comparadas con mi teoría ha aceptado como óptima la hipótesis de que se trate efectivamente de un poder mental.

—Estupendo. Entonces haremos lo siguiente. Tú te ocuparás de producir un preparado de cobertura para una pequeña nave. Yo construiré la nave tomando como base uno de los navíos de rescate, sólo que lo reduciré de tamaño. Será como una batisfera con capacidad para cuatro tripulantes y en ella llevaremos alimentos, agua, armas… En fin, todo lo que podamos necesitar. Cubriremos la batisfera con el preparado obtenido del material ese que tienes allí y

nos someteremos a esa… fuerza mental que dices. ¿Qué te parece?

—Yo también había pensado algo por el estilo.

—Bien, dame un beso y pongamos manos a la obra.

—¿Por qué el beso?

—Necesito estímulo sexual.

—Ven aquí, Adonis.

CAPÍTULO IV

La amarillenta cadena montañosa resultaba cada vez más insólita. Parecía tallada por un gigantesco escultor demente que buscara en aquellas formas sinuosas, agujereadas y estrambóticas el modo de extirpar los monstruos que albergaba su alma.

—Es fantástica —dijo Delly.

—Millones de años de trabajo natural —reflexionó Magno—. ¿Qué opinas de esta geografía?

—Parece una escenografía marina, como si estuviésemos caminando por el fondo del mar. Los colores son muy extraños, y luego, la forma de esas colinas y montañas...

Recorrieron cinco o seis kilómetros más antes de llegar a las estribaciones montañosas. Tenían los pies doloridos y el cuerpo ardido por la luz del sol desconocido y oculto.

—Si nuestra piel fuese blanca estaríamos enfermos de dolor —dijo *Magno*.

—Pues si no hallamos pronto un refugio y el modo de cubrirnos el cuerpo no nos servirá de nada nuestra belleza negra.

—Tienes un excelente sentido del humor.

—Me acomodo rápidamente a las contingencias —bromeó ella.

—Esta contingencia puede resultar mortal —advirtió el comandante.

—Tal vez hayamos jugado con la muerte desde siempre, amigo. Esta vez por lo menos nos enfrentaremos a ella como seres humanos, no como intermediarios tecnológicos. Además... nos hemos encontrado, ¿no es así?

Magno apretó la mano de la muchacha y comenzaron a trepar por una colina pulida y redondeada, salpicada de agujeros de todos los tamaños que parecían manchas oscuras sobre una superficie amarilla brillante.

Ascendieron por inhóspitos senderos de roca tibia, absolutamente lisos —lo que facilitaba su paso desnudo—, hasta acceder a una especie de cima breve y circular, como el lomo quieto de un gigantesco paquidermo.

Un olor súbito, penetrante, los hirió brutalmente. Delly se llevó espontáneamente la mano a la nariz para protegerse de aquella

oleada insufrible.

—¡Es espantoso! —exclamó, cayendo de rodillas sobre el suelo rocoso.

—Cúbrete la nariz, es un hedor animal. Estoy seguro. Procuremos escuchar con atención.

Respirando lentamente fueron acostumbrándose al hedor. Era dulzón y fortísimo, como el de los productos utilizados para reanimar rápidamente a los individuos que han padecido un desmayo.

—Sígueme con cautela —dijo *Magno*.

Agachado, avanzó por la pulida cima hacia el perímetro opuesto al que habían utilizado para llegar hasta allí.

El hedor se hacía más intenso por momentos, y sólo se hallaban a unos pocos metros del borde cuando escucharon por vez primera los aullidos.

En realidad se trataba de una serie de quejidos graves, salvajes, apagados por una garganta poderosa y dura como el pedernal. Las notas de los aullidos eran bajas y cansinas, arrastradas en medio de una respiración fatigosa.

El comandante se volvió hacia la muchacha y le hizo señas de que permaneciera donde estaba. Ella asintió. Entonces *Magno* se arrastró sobre el abdomen y los muslos, utilizando los codos y las rodillas para avanzar hasta la última estribación y atisbar hacia abajo.

La colina descendía en un ángulo de 45° hacia una llanura pétrea e irregular de unos cien metros, que iba perdiendo consistencia a medida que se alejaba de la cadena montañosa transformándose en guijarros primero y polvo arenoso después, hasta hundirse en un lago, o tal vez un mar, de grandes proporciones y color verde.

Pero no fue ese espectáculo lo que alarmó al comandante.

Debajo de él, corriendo paralelamente a la ladera y procurando trepar infructuosamente por su pronunciado ángulo, divisó a tres criaturas impresionantes.

Se trataba de tres especies de androides, o monos, de gran altura, casi tres metros, y piel cubierta por una densa pelambre oscura, prácticamente negra. Una gran melena aleonada, también morena, brotaba como una cresta del centro del testuz para culminar en mitad de la espalda. La carrera de las criaturas hacía flamear aquella melena larga y perfectamente recortada, confiriéndoles un aspecto de

enorme poder y resistencia.

El primero de ellos llegó prácticamente a la altura en que se encontraba *Magno* y realizó un nuevo intento por escalar la ladera pulida. No tuvo éxito, pero durante unos cuantos segundos los ojos de aquel ser increíble se clavaron en las duras pupilas del terráqueo.

Tenía una faz salvaje y recia, de hombre prehistórico o de gorila evolucionado. Era como un ser humano antiguo, brutal y salvaje. Como un antropoide de épocas remotas luchando por su propia salvación.

—¿Qué clase de ser es ése? —exclamó Delly junto a su oído.

—No te muevas —la advirtió el comandante.

—Es como uno de esos seres misteriosos que jamás han sido hallados en la Tierra. ¿Cómo los denominaban? Déjame pensar…, sí, el eslabón perdido. ¿Recuerdas?

—Sí, lo recuerdo muy bien.

El extraño ser lanzó un bufido y continuó su carrera seguido de cerca por los otros dos, de menor tamaño, que parecían imitar todos sus movimientos.

—Es una familia —dijo la muchacha.

—¿De qué están huyendo? —preguntó Magno.

Los tres seres se alejaron rápidamente bordeando la ladera, encajonados entre la infranqueable línea montañosa y el mar.

—El olor…, el olor no proviene de ellos —reflexionó la muchacha quitándose la mano del rostro.

Una ráfaga de aire tibio les trajo entonces una nueva oleada de aquel hedor vomitivo.

Y entonces los vieron.

Eran alucinantes. Seres extraños y vigorosos, delgados y musculosos de poco más de dos metros de altura, con cabezas ovaladas, calvas y aguzadas, troncos largos y lisos, piernas poderosas y ágiles y brazos largos y fibrosos. Iban desnudos y sus brazos no pertenecían a ninguna especie conocida.

Tenían ojos de reptil, como heridas sanguinolentas, que se prolongaban desde el centro del rostro hasta casi las orejas delgadas y enormes, puntiagudas y oscuras. Carecían de nariz aunque en el sitio donde debería existir dicho apéndice se abría una serie de orificios como branquias, y debajo de ellos la boca era un arco dentado, abierto y sibilante.

Las manos eran garras de cuatro dedos gruesos como punzones y afilados como estiletes.

Los pies tenían tres dedos unidos por una membrana cartilaginosa que no les permitía correr a gran velocidad. En las manos llevaban varas puntiagudas como lanzas.

El chillido que producían era generado por la respiración acelerada que efectuaban a través de las branquias.

Parecían nerviosos, espasmódicos, de movimientos convulsivos y contorsiones salvajes.

Corrían con dificultad pero con una disposición frenética, como esos caballos de pura sangre que galoparán hasta que les estalle el corazón, sin la menor inquietud por el hecho de que en la carrera les va la vida.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Delly.

—Observar, nada más.

—Esos monstruos van a matarlos.

—No tenemos armas, estamos desnudos y no conocemos este planeta. ¿Qué sugieres?

Había una cierta irritación en la voz de *Magno*. Tampoco a él le seducía la idea de presenciar la matanza.

Inconscientemente se habían puesto del lado de los fugitivos, de las criaturas de aspecto antropomórfico. De aquellos poderosos seres que parecían prevenir de los antiguos manuales en los que algún osado ilustrador había aventurado la apariencia del famoso y olvidado eslabón perdido.

Los perseguidores eran siete y corrían en jauría, chillando como hienas rabiosas.

Las tres criaturas les llevaban unos doscientos metros de ventaja, pero estaban condenadas. Aquellos monstruos armados no parecían sufrir el cansancio ni importarles en absoluto nada como no fuera dar caza a los fugitivos.

El antropoide que había clavado su mirada en *Magno* detuvo la carrera y escudó con su cuerpo a los otros dos. Miró hacia la jauría que avanzaba hacia ellos y tomó una decisión heroica.

Empujó brutalmente a sus dos protegidos, obligándoles a correr, a continuar huyendo, mientras él cogía dos grandes trozos de roca en sus poderosas manos y hacía frente a los monstruos.

—Vamos allá —dijo *Magno*, y cogiendo a la muchacha de un

brazo corrió con ella por sobre la cima circular hasta llegar al punto en el que, veinte metros más abajo, el antropoide iba a resistir el embate de la jauría.

—¡Allí, mira allí! —gritó Delly.

Magno siguió con la mirada la dirección que ella indicaba y entonces descubrió, en una grieta de la cima, una serie de picas aguzadas como las que empuñaban los saurios.

—Son espinas gigantes —dijo el comandante.

Se precipitó hacia ellas y cortó varias por la base. Eran efectivamente largas espinas de más de tres metros, de tres o cuatro centímetros de diámetro y en su extremo superior presentaban una punta durísima y enrojecida.

Delly recogió varias lanzas naturales y con ellas bajo el brazo siguió a *Magno* que regresaba al borde del precipicio.

La escena se había transformado.

El enorme antropoide estaba inclinado hacia delante, con la espalda apoyada en la ladera y aguardando la embestida de los monstruos.

Cuatro de los reptiles se dirigieron sin detenerse hacia él mientras los otros tres perseguían a los dos fugitivos.

Un rugido impresionante hendió la atmósfera cuando el gran mono de melena leonina evitó el primer lanzazo y cogió con sus brazos al reptil espasmódico. Lo alzó por encima de su cabeza y lo golpeó violentamente contra la ladera rocosa. Luego lo cogió por los tobillos y utilizándolo como un arma comenzó a golpear con él a los otros tres desaforados atacantes.

Era una pelea animal, absolutamente animal. No había técnicas preestablecidas ni estrategias. Sólo el afán inmediato de la muerte del adversario.

La cabeza del reptil muerto destrozó el cráneo de uno de sus símiles cuando el enorme antropoide lo lanzó contra él.

Una lanza lo alcanzó en el muslo y lo hizo arrodillarse. Desde el suelo cogió al tercer enemigo, lo atrajo hacia sí y buscó su cuello con frenética desesperación.

El reptil mordió brutalmente el hombro del antropoide y tiró de él arrancándole un trozo de carne.

El bramido del antropoide fue lastimero y demencial. Finalmente consiguió coger el cuello del monstruo y con todas sus fuerzas le

quebró el espinazo contra la rodilla. Luego lo apretó contra su cuerpo y detuvo casualmente la lanza que le arrojaba el último reptil.

La gran espina atravesó limpiamente el cuerpo del monstruo muerto y quebrado, y consiguió hundirse algunos centímetros en el pecho del antropoide.

Magno levantó una lanza y la arrojó desde la cima sobre el último reptil. Fue un tiro más afortunado que hábil y la punta durísima y filosa se clavó en la espalda encorvada del último atacante.

El gran mono herido no se percató de ello, y echó a correr hacia sus congéneres.

—Está acabado —dijo Delly—, no podrá resistir otra lucha.

—Tendremos que conseguir bajar a esa… playa. Ven, buscaremos un lugar donde la pendiente sea menos pronunciada.

Avanzaron hasta dar con una grieta que descendía suavemente hasta la mitad de la ladera, unos diez metros. A partir de allí tenían que dejarse caer otros diez metros por la pendiente inclinada.

—Vamos —dijo *Magno*, impulsado por la vehemencia de la lucha y comenzó a bajar, de pie, procurando conservar el equilibrio. A duras penas resistió la pendiente empinada hasta que sólo le faltaban tres o cuatro metros para llegar al suelo y entonces aceleró la velocidad, impulsado por el declive y cuando llegó abajo debió recorrer una gran distancia antes de poder detenerse.

Regresó rápidamente al pie de la ladera a tiempo para sujetar a Delly que se abalanzaba sobre él. Cayeron a tierra y rodaron durante algunos metros antes de recuperar el control de sus cuerpos.

Estaban sudados y ansiosos.

Se pusieron de pie sintiendo que sus cuerpos revelaban una sensación caliente, animal, agresiva y decidida. Como si la lucha los devolviera a un estadio pretérito de la propia evolución humana, un estadio en el que los problemas de supervivencia se resolvían de acuerdo con la fuerza física, de acuerdo a la ley del más fuerte.

Cada uno de ellos cogió media docena de lanzas y corrieron detrás del antropoide que procuraba alcanzar a los perseguidores de su… ¿familia?

—Debe ser su familia —dijo Delly—. Creo que se trata de la hembra y su retoño.

—Tal vez.

Alcanzaron al antropoide macho y lo superaron rápidamente. Delly observó la expresión indefinida del animal. Un gesto que pertenecía al doble dominio de la inteligencia en ciernes y el salvajismo atávico.

Cincuenta metros por delante de ellos la hembra y el retoño giraron súbitamente y se dirigieron a la orilla del mar.

Los tres perseguidores, chillando bestialmente se abrieron en abanico y se precipitaron sobre ellos.

Sin dejar de correr, *Magno* lanzó una lanza hacia ellos.

No dio en el blanco, pero uno de los reptiles se volvió hacia él. Tenía el rostro trémulo de excitación y la gran boca dentada espumosa de rabia, hambre y fatiga.

Magno se detuvo.

El reptil corrió furioso en su dirección, blandiendo su lanza.

El comandante alzó una de las espinas y aguardó hasta el último instante, luego la arrojó con fuerza. La espina se clavó en el vientre del monstruo que cayó hacia adelante y quedó atravesado su cuerpo, soportado por la lanza.

Magno pasó a su lado y prosiguió la carrera.

Delly corría unos metros a su derecha, ligeramente adelantada.

La hembra se había detenido y ocultaba con su cuerpo al retoño, que era prácticamente de su mismo tamaño.

Estaban de espaldas al mar.

Magno comprendió que no llegarían a tiempo y deteniéndose lanzó un grito fortísimo y trepidante.

Delly se sintió sobrecogida por el alarido y también se detuvo.

Entonces Magno descubrió que su idea había sido oportuna. Su voz no era conocida y los reptiles se volvieron hacia él con la misma celeridad con que antes se había precipitado sobre los antropoides.

Sólo eran dos.

Delly se aproximó cuanto pudo al comandante y arrojó varias lanzas a los dos monstruos vociferantes que se acercaban a la carrera. No dio en el blanco, pero una de las espinas hizo tropezar a uno de los reptiles que rodó aullando sobre la arena.

Magno esquivó el lanzazo del segundo reptil y acercándose a él, le clavó su espina en el cuello con toda la fuerza de que fue capaz. Se volvió rápidamente hacia la muchacha.

Delly, con una rodilla en tierra, esperaba al reptil que había

perdido el equilibrio y que trastabillaba hacia ella desarmado. Sólo sus fauces hediondas parecían capaces de cercenar el delicioso tronco de la muchacha.

—Lánzale la espina —gritó *Magno* con desesperación.

Delly no pareció escucharlo.

El reptil recuperó finalmente el equilibrio y saltó sobre ella. Firmemente asentada sobre la arena, la muchacha levantó la lanza cuyo extremo había clavado en tierra y el monstruo se ensartó en la punta aguzada. Durante una fracción de segundo sus ojos de serpiente se clavaron enloquecidos y sanguinolentos en las pupilas estupefactas de la mujer, luego cayó de costado y quedó inmóvil sobre las piernas de Delly.

Magno llegó rápidamente a su lado y cogiendo al reptil por uno de los brazos lo quitó de encima de la muchacha.

—¿Estás bien?

—Sí, perfectamente.

—Muchacha loca...

—¿Y tú? ¿Estás herido?

—No.

Una sombra enorme se proyectó sobre ellos y *Magno* giró rápidamente, cubriendo a la mujer.

Lanza en ristre, el gigantesco antropoide estaba a su lado, mirándolos con el rostro inclinado como si tratara de encontrar una explicación a toda la odisea.

Magno lo miró sin pestañear.

Lentamente, procurando no hacer ningún movimiento que pudiese malinterpretarse Delly se puso en pie.

La escena duró un par de minutos, luego el antropoide dio media vuelta y echó a correr hacia la hembra y el retoño que aguardaban junto a la línea del mar.

Magno se dejó caer sobre la arena, exhausto.

—Fin de la primera aventura —dijo con cansancio.

Delly anduvo hasta la orilla del mar y descubrió que se trataba de agua muy clara, verdosa, y que el fondo se hundía paulatinamente hacia el interior.

Vio algunos peces que no pudo reconocer bajo el agua y se introdujo en ella hasta la cintura.

Era fresca y deliciosa.

—Ven, te refrescará —dijo al hombre.

Magno obedeció y se dejó mecer por el suave movimiento de las pequeñísimas olas.

—Mira —dijo Delly.

A un centenar de metros, la familia de antropoides también se lavaba en el mar. El gran mono melenudo bebía de las manos de la hembra.

—Bien, tal vez sea un modo de agradecer nuestra ayuda —bromeó el comandante—. Nos devuelve el favor indicándonos que el agua es potable.

—Al menos es potable para ellos —insinuó la muchacha.

Delly se inclinó, cogió agua en sus manos y bebió de ella.

—No es salada —dijo—. Es fresca y dulce. O este mar no posee sal o no estamos en el mar.

Magno bebió, sediento.

—¿Y ahora? —preguntó ella.

—Trataremos de procurarnos algo de alimento.

—Se van... —dijo Delly.

La familia de antropoides se alejaba por la orilla de aquel mar dulce, sin prisas, agrupados y seguros de sí mismos.

Corgo y la muchacha salieron del agua, recogieron la media docena de lanzas que aún conservaban y se aproximaron al reptil muerto por Delly.

—Mira la piel y el resto del cuerpo, los detalles... es como si fuese un producto de la cirugía estética antes que un ser natural.

—Si tuviésemos los instrumentos necesarios podrías practicarle una autopsia y luego analizar las muestras con el ultrascopio —reflexionó el hombre.

—Sí... —reconoció Delly pensativa—. Sin embargo, parece tan lejana la nave y todo el equipo... ¿Sabes una cosa? Siento como si todos estos siglos de civilización y tecnología hubiesen desaparecido sin dejar rastros, expulsados por este planeta bárbaro, por nuestra desnudez y nuestra falta de medios... No sé cómo explicarlo bien.

—Comprendo. Tras unas pocas horas en la barbarie, nuestra personalidad se adecúa perfectamente a las nuevas condiciones sin traumas aparentes por dejar a un lado nuestra biografía de evolución y progreso. ¿No es así?

—Sí, eso es.

Delly se inclinó sobre el cadáver del desagradable reptil-ofidio atravesado por la espina aguzada.

Con el extremo de una lanza abrió el pecho del ser y descubrió en su interior un sistema orgánico del que no manaba sangre alguna.

—No sangra —dijo.

—Tal vez estos seres no sangren.

—El antropoide sangraba y además su constitución responde claramente a la de los grandes vertebrados, sólo que en su caso parece haber sufrido una mutación… o una extraña mezcla. ¿Lo ves? Es como si sus órganos fuesen hechos en un laboratorio. Su sistema genético debe resultar interesantísimo.

—Olvídate de la genética por un tiempo y ayúdame a buscar alimentos.

—Sí, tienes razón.

—Creo que deberíamos seguir la dirección de la familia de antropoides.

—¿Qué clase de seres serán?

—Podríamos bautizarlos —sugirió el comandante.

—Sí, ¿por qué no? Los llamaremos «Eslabones», ¿qué te parece? Al fin y al cabo tienen la morfología del antiguo eslabón perdido.

—De acuerdo. Y ahora voy a intentar pescar algo.

Magno se introdujo en el mar dulce con un par de espinas y se detuvo cuando el agua le llegó a la mitad de los muslos. Aguardó pacientemente hasta que un pez pasó por las proximidades y entonces lo lanceó. Tuvo que repetir la función varias veces, pero al final consiguió un pez grande y de aspecto agradable.

—Necesitamos hacer fuego —dijo ella.

—No será difícil con la cantidad de mineral transparente que hay junto a la orilla.

Recogieron unas placas translúcidas como grandes trozos de mica y luego comenzaron a marchar en pos de las huellas de los antropoides.

—¿Qué estarán haciendo Duke y Koira? —preguntó Delly.

—Buscando la manera de sacamos de aquí.

—¿Crees que piensan que estamos vivos?

—¿Tú qué pensarías en su lugar?

—Sí, tienes razón.

Durante una hora marcharon a buen paso junto a la orilla del mar

dulce. El paisaje fue alterándose lentamente y aunque la cadena montañosa con sus estribaciones pulidas y bajas continuaba flanqueándolos, se distanciaba cada vez más del mar, dejando sitio a unas achaparradas formaciones vegetales que comenzaban a hacerse más y más voluminosas a medida que continuaban la marcha.

Por fin se detuvieron.

El mar formaba allí una pequeña ensenada acantilada y rodeada de árboles frondosos y verdes, similares a los árboles terrestres, sólo que ninguno de ellos acertó a descubrir cuáles eran las especies.

Consiguieron una buena cantidad de ramas secas y las transportaron a la playa, a una cavidad del acantilado.

—Busquemos una caverna —dijo la muchacha.

—Esta oquedad es suficiente y además no parece que la claridad vaya a desaparecer. ¿Crees que habrá períodos nocturnos?

—No lo sé.

—Me ocuparé del fuego.

Los rayos del sol invisible se multiplicaron a través de la plancha de mineral transparente y encendieron la hojarasca, que a su vez hizo arder las ramas secas.

Asaron el pescado y lo comieron con buen apetito. Lo encontraron muy sabroso y descubrieron que el espinazo del pez era muy duro y aguzado. Con él, *Magno* fabricó un cuchillo y con las espinas una gran cantidad de puntas de flechas.

—Tal vez tengamos que sobrevivir como en la antigüedad —dijo *Magno*.

—Tal vez no, camarada. Estamos sobreviviendo como en la antigüedad y éste es sólo el comienzo.

—Ven, haremos un lecho de hojas en la oquedad del acantilado.

Recogieron agua en una gran caracola y la depositaron junto al lecho de hojas y ramas blandas.

—¿En qué piensas, Robinson? —bromeó la muchacha, aludiendo al personaje literario que desde hacía siglos servía de talismán a todos los expedicionarios espaciales.

—Pienso que si tú y yo somos los únicos seres humanos de este planeta nos corresponde una gran responsabilidad.

—¿Ah, sí?

—Sí, sin duda.

Delly se dejó caer sobre el lecho de hojas.

Su hermosa cabellera se había secado al sol y los rizos caían rebeldes sobre su incomparable tez morena; sinuosa y trémula, su figura parecía esculpida sobre la hojarasca como la representación de la más acuciante sensualidad.

Las piernas largas y torneadas cruzadas ligeramente, el torso alzado sobre los codos, la sonrisa encantada, las brillantes pupilas verdes incitando al hombre.

Respiró profundamente y los senos se hincharon como frutos vivos contra la piel húmeda.

—Nos ocuparemos de repoblar este mundo —dijo Corgo sonriendo.

—Tendrás que esforzarte, Robinson.

—Lo sé pero será un placer.

—Sin embargo, contaremos con una placentera, prolongada y solitaria luna de miel. ¿Acaso olvidas que he sido sometida a un sistema de contraconcepción?

—No lo he olvidado, pero si no refuerzas el sistema, desaparecerá con el tiempo.

—Años.

—Tendremos tiempo de practicar…

—Ven conmigo.

Corgo avanzó hacia los brazos tendidos de la muchacha y se inclinó para encontrar la cálida presencia de su piel cuando súbitamente la luz desapareció.

—*¡Magno!* —gritó Delly aterrorizada.

Corgo se puso de pie y corrió hacia la playa.

En un primer momento no pudo ver absolutamente nada, pero lentamente, como ocurre cuando uno sale de una habitación luminosa para entrar en un cuarto oscuro, sus ojos se habituaron a la penumbra.

Delly se acercó a él y lo abrazó por detrás. Temblaba ligeramente y contenía su respiración.

—Mira allí, sobre el mar —dijo Corgo.

La muchacha asomó su rostro expectante por encima del hombro del comandante y su boca grande y hermosa se abrió en un gesto de infinita sorpresa.

Porque había salido el sol.

Una bola enrojecida, muy apagada, ascendía sobre el linde de

aquel mar dulce, como una luna terrestre, empalideciendo la superficie del planeta.

—No lo entiendo, *Magno*…

—No sé de qué modo se producirá pero ese es el Sol. Un sol que aparece durante la noche. Seguramente en el otro hemisferio del planeta será de día.

—¿Una especie de día reflejo?

—Algo por el estilo.

—¿Cuánto tiempo durarán las tinieblas?

—No lo sé, sin embargo, tengo una idea.

Delly dio la vuelta alrededor del hombre para abrazarlo de frente, hundiendo su cuerpo en el pecho velludo y duro.

—¿Qué idea?

—Una idea para no aburrimos durante la noche, dure el tiempo que dure.

Corgo la besó largamente en los labios, luego la asió entre sus brazos, la alzó y la llevó hasta la oquedad en el acantilado.

El mar lamía suavemente la arena enrojecida de la orilla y el murmullo de la brisa sólo traía aromas tranquilizadores.

Delly se estiró sobre la hojarasca y recibió en su cuerpo abierto la poderosa presencia del hombre.

—Estoy enamorada de ti, Corgo.

—Tienes suerte entonces, pequeña.

—¿Suerte?

—Recuérdalo, soy el único hombre de los alrededores.

CAPÍTULO V

—¿Cuántos días más, muñeca?

—No lo sé. Llevo toda una semana analizando las muestras y en cuanto las disuelvo para confeccionar la cobertura de la nave se descomponen.

—Yo tendré el navío dispuesto para dentro de... digamos cinco días y luego todo dependerá de ti.

—He alimentado a «Nasha» con las últimas valoraciones. Espero que consiga darme una respuesta acertada.

—¿Qué es lo que falla?

—El disolvente de la muestra. Tengo suficiente material de ese caparazón como para producir todo el revestimiento necesario, pero no consigo dar con el disolvente adecuado para fijar la solución sobre tu nave. Es el disolvente el que está fastidiando la operación.

—Tranquilízate, sé que haces todo lo que puedes.

—¿Crees que estarán vivos?

—¿Y tú?

—No lo sé.

—Vamos, no me digas ahora que la voluntariosa y eficiente científica está perdiendo su buena fe.

—Deseo que estén vivos y deseo hallarlos, pero confieso que a medida que pasan los días se hace más difícil para ellos.

—¿Por qué?

—Están desnudos y desprotegidos en un sitio que ni siquiera sabemos cómo es. ¿Cómo quieres que me sienta?

—De acuerdo, pero mientras exista una sola posibilidad procuraremos utilizarla.

—Hago lo posible.

—¿Qué haces ahora?

—Nada. Tengo que aguardar la respuesta de «Nasha».

—Ven entonces, cariño, procuraré relajar esos nervios en pie de guerra que te arrugan el entrecejo.

—¿De dónde proviene tu buen humor? —rio ella, vencida por los comentarios de Duke.

—¿Te lo digo?

—Desde luego.

—¿Seguro que quieres saberlo?

—¡Claro que sí, payaso!

—Bien, tú lo has pedido…

—¿Y bien…?

—Del miedo, estoy aterrorizado.

—No te creo —dijo ella, besándolo con fuerza en los labios mientras salían del laboratorio.

—Es lo que yo pensaba —rio Duke.

Sin embargo, los dos sabían que era cierto. Estaban aterrorizados por toda la situación y sólo actuaban para combatir la indolencia, aunque tal vez tuvieran todavía una posibilidad de atravesar la caparazón gelatinosa del fin del universo y acceder al más allá en que se habían perdido sus compañeros; los dos sabían perfectamente que jugaban con desventaja.

—Miénteme —pidió ella, sobrecogida por el deseo.

—Te odio —dijo Duke.

Fuera de la nave, en el espacio oscuro y final, allí donde el silencio tropezaba con el muro del círculo último, el tiempo parecía haberse detenido para siempre.

* * *

—¿Qué haces, *Magno*?

—Más flechas.

—¿Por qué?

—Continuamos la marcha.

—¿Hacia dónde?

—Seguiremos la orilla del mar. La vegetación es cada vez más espesa y he divisado una isla.

—¿Una isla? ¿Dónde?

—Más allá del golfo.

—Hace seis días que caminamos con el mismo rumbo, siguiendo las huellas de los antropoides. ¿Qué estamos buscando?

—Si ellos continúan en esa dirección tiene que haber alguna explicación.

—¿Tienes alguna idea?

—Tal vez.

—Vamos, ¿cuál es el misterio?

—Creo que tenemos que hallar la fuerza que… nos condujo hasta aquí.

—Lo sabía.

—Sí, sé que has estado pensando en ello.

—Tiene que ser una fuerza muy poderosa y sin embargo, no la hemos vuelto a detectar.

—Sé que vamos en la dirección indicada. No me preguntes el porqué, simplemente lo sé.

—¿Y las armas tienen que ver con tu convicción?

—Hemos visto a esos monstruosos reptiles de dos patas en varias ocasiones y pudimos evitarlos. Si nos topamos con una jauría quiero tener la certeza de que podré ofrecerles una buena resistencia.

—Bien, te ayudaré.

Habían trenzado dos largas fundas vegetales en las que portaban varias docenas de flechas. Las espinas que les servían de lanzas también podían ser utilizadas como arcos una vez talladas con el puñal de hueso, aprovechando su natural elasticidad. Las cuerdas de los arcos habían sido obtenidas del intestino de un pez extraño que habían pescado casualmente.

—Este pez —había dicho Delly— parece compuesto también de material sintético.

—No dejes volar tu imaginación de galeno —rio Corgo—. Ya tendremos tiempo de averiguarlo cuando Duke y Koira vengan a por nosotros.

Hacía cuatro días que no habían vuelto a mencionar a la pareja de camaradas. Sólo había transcurrido una semana desde que fueran al extraño planeta y parecía que ya vivían en él desde hacía años.

—El hombre, pequeña —dijo Corgo en una ocasión—, es capaz de adaptarse a todo. Esa es su virtud y también su destreza.

Los días y las noches no eran iguales. El día duraba más tiempo, casi el doble. Delly aseguraba que contaban con unas quince horas de luz contra seis de sombras.

Habían aprendido a presentir la aparición del sol-luna y el comienzo de la noche repentina, y buscaban sitios guarnecidos donde esperar la siguiente mañana.

—Dame tu arco —pidió Corgo.

Delly le entregó el arma y el hombre ajustó una suave fibra

vegetal a la empuñadura.

—No deseo que arruines tus hermosas manos de cirujana —bromeó, devolviéndoselo.

—¿Sólo por esa utilidad quieres que las conserve suaves? —dijo ella insinuante.

Corgo se puso de pie para acercarse a ella cuando el olor hirió su olfato como una cuchillada.

Se pusieron tensos y un sudor frío les recorrió la espina dorsal.

Se encontraban sentados sobre la horqueta de un gran árbol cuyas ramas larguísimas se proyectaban sobre una cala.

Corgo indicó silencio a la muchacha y asió con fuerza el arco. Introdujo el puñal en la funda vegetal que llevaba sujeta al taparrabos trenzado y cogió una flecha.

Delly lo imitó. Iba a su vez cubierta por una falda muy corta, trenzada, y un corpiño resistente. Parecía una verdadera diosa guerrera de la antigüedad.

—¿Puedes verlos? —preguntó en un murmullo.

—No, no los veo.

—Pero el hedor es muy intenso...

Surgieron repentinamente en la playa como una manada de perros hambrientos, rabiosos y crueles.

Eran más de veinte y corrían abiertos en semicírculo, chillando y empujándose, lanzándose dentelladas, obscenamente desnudos, envueltos solamente por su espantoso hedor.

Delly no pudo evitar un estremecimiento.

A pesar de la amenaza constante y conocida de los reptiles rabiosos, la única amenaza que habían experimentado, el resto de sus vivencias resultaba casi maravilloso. Un clima estupendo, un mar dulce y generoso, las playas desiertas y el alimento pródigo.

Y el amor.

Un amor nuevo y poderoso, sano y original.

Pero ahora regresaban al punto de partida, a la realidad de la muerte inútil y sanguinaria. A la realidad de aquel género de bestias pestilentes, extrañas y carniceras.

—Nunca hemos visto a tantos reptiles juntos, ¿qué se propondrán?

—No lo sé, Delly.

Los observaron mientras corrían hacia el sitio donde ellos se

hallaban, encaramados en el árbol, hasta que Corgo tomó una decisión.

—Tenemos que atacarlos por sorpresa antes de que se acerquen más, de lo contrario, nos verán cuando pasen debajo del árbol y no podremos dominarlos. Son demasiados y atacan de un modo sanguinario y suicida.

Levantó el arco y miró a la muchacha.

—¿De acuerdo?

Delly cogió su arco y apuntó.

—De acuerdo —replicó.

Lanzaron las dos flechas a la vez y consiguieron dos blancos. Los dos reptiles alcanzados rodaron sobre la arena dando chillidos, contorsionándose de un modo horrible, desarticulando el largo cuerpo húmedo como si hubiesen sido sometidos a una poderosa descarga eléctrica.

A partir de ese momento repitieron el ataque concienzudamente, repartiéndose los blancos, abatiendo a los monstruos que estaban más cerca y cubriendo los flancos.

Cuando los tuvieron debajo del árbol, habían reducido a la jauría a la mitad.

—Ten cuidado ahora, estamos al alcance de sus lanzas.

Las largas espinas buscaron sus cuerpos, pero las ramas poderosas tras las que ocultaban sus cuerpos actuaban como barricadas naturales.

Pero no atinaban a asomarse.

—Creo que están trepando —dijo Delly despavorida.

Corgo se asomó y asaeteó al reptil que comenzaba a trepar el tronco.

—Procura disparar sin exponerte, si nos alcanzan estamos perdidos, ¡ahora!

Delly atravesó el cuello de un monstruo y volvió a ocultarse.

Ahora los alaridos eran infernales y los siete u ocho reptiles que quedaban parecían todavía más enloquecidos, ajenos al temor, a la muerte, obsesionados exclusivamente por el afán sangriento de coger a sus enemigos.

—Sube más alto, Delly. Yo te cubriré.

La muchacha sujetó el arco a su espalda y comenzó a trepar.

Corgo giró alrededor de la rama y cambió de posición. Cuando

surgió con el arco halló a la jauría mirando hacia el sitio que acababa de abandonar.

La primera flecha se hundió en el centro de la espalda de un reptil y la segunda, antes de que lo localizaran, quedó clavada en la nuca del monstruo que ya alcanzaba las ramas más bajas del árbol.

Corgo comprendió que no podrían con todos si no cambiaba de táctica.

Pasó a otra rama y entonces tuvo la sensación de que había cometido un error. Se dio la vuelta un segundo demasiado tarde.

La espina aguzada atravesó su brazo, a la altura del hombro y se clavó en la rama.

Sintió un dolor lacerante y caliente. Se miró el brazo derecho y comprobó que no podría desasirse de aquel arpón que lo había crucificado al árbol.

Buscó entonces una posición más cómoda. Sujetó el arco con los pies y calzó una flecha con la mano izquierda. Aguardó a que apareciera la cabeza del monstruo que lo había alcanzado y respiró profundamente.

El dolor del primer momento había pasado, podía contar con algunos minutos de calma hasta que el shock cediera su puesto a la verdadera dimensión de la herida y comprendió que entonces no podría soportar el dolor.

Vio aquellos ojos sanguinarios y el rostro le pareció todavía más horripilante.

Soltó la flecha y el monstruo cayó hacia atrás con el cráneo destrozado.

Felizmente el arco no había escapado de la sujeción de sus pies y consiguió recuperarlo con alguna dificultad y calzar en la cuerda una nueva flecha.

Rogó porque el próximo reptil apareciese con rapidez. Sabía que el tiempo corría en su contra.

Tuvo suerte.

La vista comenzaba a nublársele y el dolor aumentaba con intensidad. Vio surgir una nueva cabeza chillona y de mandíbulas espumosas, pero en esta ocasión aguardó a que el torso apareciera en la mira antes de disparar. No podía perder el tiro.

Soltó la cuerda y la flecha se hundió en el pecho de la hedionda criatura que trastabilló durante unos segundos, giró sobre la rama y

cayó atravesada sobre ella, sin precipitarse al vacío.

Corgo sintió que el sudor corría por su rostro. Abrió los ojos y buscó con la mirada el sitio por el que había trepado la muchacha.

No pudo verla.

Buscó el arco, pero esta vez lo había perdido,

—*¿Magno?*

Era Delly.

—*Magno*, ¿te encuentras bien?

—Estoy herido. He perdido el arco.

—¡No!

—No bajes, quedan varios todavía. Procura tenerlos a raya mientras suben por el tronco.

—No puedo dejarte allí expuesto a que...

—¡Haz lo que te digo o nos cogerán a los dos!

Vio un nuevo testuz asomando por sobre el cuerpo del monstruo que acababa de abatir y su mano izquierda, casi insensible, buscó una flecha en el carcaj.

El reptil saltó hacia él con las garras desnudas y la mandíbula abierta, babeante y de dientes afilados como navajas.

Tuvo consciencia todavía del brillo maligno y demencial de los ojos sanguinolentos antes de que cayera sobre él como la bestia asesina que era.

Sólo en el último instante alzó la mano que sostenía la flecha y la interpuso entre él y el atacante.

El propio peso del reptil hizo que la punta de la flecha se hincara en su carne y la violencia del ataque contribuyó a quebrarla en su interior.

Corgo vio el rostro brutal a pocos centímetros y olió el hedor repugnante mientras el monstruo se disponía a morderle la cara.

Entonces se desplomó muerto y Corgo lo empujó de la rama al suelo.

Un nuevo reptil aparecía ante él, y supo que era demasiado tarde. No tenía fuerzas para coger otra flecha y además las posibilidades de repetir aquella operación no eran muchas. Había tenido suerte una vez y ya había pasado.

Miró fijamente al monstruo que se detuvo de improviso.

Corgo observó estupefacto cómo se daba la vuelta y se llevaba las garras a la espalda.

Cuando por fin dio un giro completo pudo ver la flecha clavada a la altura de la cintura y poco después el chillido hirió sus oídos.

Procuró calcular cuántos quedaban, pero el cerebro parecía una peonza. La vista se le nublaba y el dolor del brazo le había paralizado el cuerpo.

Sólo deseaba dormir, pero con un resto de energía trató de superar el desmayo y rehacerse. No lo consiguió. Antes de caer en la más profunda inconsciencia pudo oír, lejano y trepidante, el grito desesperado de la muchacha.

* * *

Delly atisbó por entre las ramas y abatió a uno de los monstruos en tierra.

Inclinándose desde su refugio consiguió ver a *Magno*. Un nudo de angustia trepó a su garganta cuando comprobó que había sido clavado al tronco de un lanzazo.

Entonces perdió el control y comenzó a descender con el arco listo, procurando no perder de vista a Corgo. En el último instante vio al reptil que se lanzaba contra él y no tuvo tiempo de dispararle, pero sí pudo alcanzar al que le seguía de cerca.

Suspiró aliviada cuando Corgo atravesó con la flecha que empuñaba a su agresor y ella pudo abatir al siguiente monstruo cuando ya estaba a punto de lanzarse sobre el comandante.

Decidió exponerse por completo y mirar abiertamente hacia abajo.

Sólo quedaban dos reptiles, y los dos trepaban a la vez.

Se descolgó precipitadamente hasta alcanzar la rama en que se hallaba *Magno*. Cuando el primer monstruo asomó el testuz le lanzó una flecha, pero no dio en el blanco.

El reptil saltó hacia ella y Delly lo recibió con el arco extendido. Enganchó el cuello del monstruo entre la cuerda y la espina arqueada, tiró del arco, ajustándolo a la garganta y saltó a una rama más baja, arrastrándolo consigo. Cuando el reptil perdió el equilibrio, soltó el arco y lo hizo precipitarse a tierra.

El último de aquellos seres bestiales ya llegaba al sitio en que Corgo se había desmayado.

Delly se sujetó a una rama delgada, tomó impulso y saltó contra él, golpeándolo. El reptil trastabilló y cayó del árbol. La rama que sostenía a la muchacha regresó a su posición normal, pero el peso que soportaba era demasiado y se quebró con un chasquido.

Delly lanzó un grito de espanto y cayó vertiginosamente. Durante un segundo que le pareció eterno aguardó el choque brutal contra el suelo, pero en vez de ello sintió que su cuerpo se hundía en el agua fresca del mar dulce y recordó con alivio que parte del árbol se proyectaba sobre las olas tenues y displicentes.

Tocó el fondo y salió a la superficie. Durante algunos momentos buscó en la costa la presencia de algún reptil, pero todos los que vio estaban espatarrados, atravesados por las flechas o muertos tras las caídas del árbol.

Uno de ellos, sin embargo, se arrastraba por la playa.

Nadó hasta llegar a la orilla procurando no hacer ruido y corrió hacia el árbol por entre los cadáveres pestilentes y retorcidos.

Trepó hasta la rama donde Corgo estaba atrapado y se inclinó sobre él.

La lanza había atravesado el músculo del brazo sin dañar el hueso y por la poca sangre derramada, comprendió que no había seccionado ninguna arteria.

Empuñó el cuchillo de hueso de *Magno* y comenzó a cortar el largo mango de la lanza. Cuando lo hubo conseguido separó lentamente el brazo del extremo clavado en la rama procurando no desgarrar la herida.

La inconsciencia del hombre le ahorró el dolor lacerante que hubiese debido soportar.

Delly lo ató con una cuerda vegetal para que no cayese de la rama y fue en busca de agua para lavar la herida. Cuando lo hubo hecho se sentó a su lado dispuesta a controlar una posible infección.

La noche brotó de la nada como una cáscara negra y espontánea.

CAPÍTULO VI

Todo lo que podía hacer era mantener limpia la herida y esperar que la fortaleza de *Magno* superara la crisis.

Y la espera resultaba desesperante, porque más allá del temor a la muerte del hombre que amaba, experimentaba una solitaria tristeza, una amarga sensación de abandono, de infinito aislamiento.

Si *Magno* moría ella sería la más solitaria de las criaturas en el planeta insólito, pero no era ésta la causa primordial de su miedo, sino que provenía del hecho de que, a pesar de los peligros y los misterios, ella y el comandante habían hallado una nueva esperanza de vida, una existencia nueva, imprevisible y atractiva.

Casi una existencia natural.

Durante toda la primera noche y el día siguiente no se movió del lado del hombre.

Corgo no había vuelto a reaccionar de su desmayo y se mantenía en una inconsciencia temblorosa y excitada, hablando en sueños y agitándose con angustia.

La segunda noche fue decisiva y Delly realmente temió por su vida. No podía medir su temperatura, pero su experiencia le decía que había superado los cuarenta grados. Por fin, cuando volvía a amanecer, la fiebre remitió y ella limpió nuevamente la herida y renovó periódicamente un paño vegetal trenzado y humedecido en agua fresca, hasta que consideró que la crisis había sido superada.

Descansó un par de horas y luego descendió del árbol.

Los cadáveres de los reptiles ofrecían un aspecto inquietante. No habían comenzado a descomponerse a pesar del tiempo transcurrido y el olor había desaparecido por completo, como si sólo fuese la respiración viva de las bestias la que producía el hedor insufrible que los anunciaba.

Socavó un gran foso en la arena, a varios metros de la orilla, valiéndose de conchas de gran tamaño. Cuando consideró que ya era suficiente, arrastró uno a uno los cadáveres hasta él y los acomodó lo mejor que pudo para proceder a su enterramiento.

El proceso le llevó toda la mañana y parte de la tarde. Había aprendido a conocer las variantes del día y casi intuitivamente calculaba el mediodía y más tarde la proximidad de la noche.

Arrastró el último cadáver y lo arrojó dentro de la fosa. Estaba agotada y sudorosa. Sentía los pulmones ardiendo por el esfuerzo y el corazón agitándose en su pecho henchido.

Descansó unos momentos antes de comenzar a cubrir los cuerpos. Hundió el rostro entre las rodillas y se relajó. El murmullo de las olas, el rumor de la brisa en la hojarasca y el infinito cansancio acumulado durante el tiempo que estuvo de vigilancia en la rama junto al cuerpo afiebrado de Magno, la habían llevado a un estado de semiinconsciencia placentera y deseada.

Casi se adormiló, pero el olor la conmovió como una bofetada pútrida y saltó instintivamente, buscando su origen en el linde de la fronda. No vio nada, pero supo que estaba allí.

Entonces recordó.

Uno de los reptiles se había alejado herido cuando ella regresaba a la orilla tras su caída al mar desde el árbol.

Extrajo el puñal de *Magno* que llevaba a la cintura y se plantó en medio de la playa, mirando hacia la fronda.

No se atrevía a regresar al árbol para no señalar el lugar en que *Magno* reposaba.

Retrocedió lentamente hacia la orilla del mar dulce, agachada como una luchadora entrenada, la respiración contenida, los músculos tensos y la disposición alerta.

El olor era cada vez más intenso.

De una parte no deseaba enfrentarse con aquel ser infernal. Llevaba todas las de perder. Pero por otra parte temía que la espera fuese demasiado prolongada y se hiciera de noche. Entonces no tendría la menor oportunidad.

Si su instinto no la engañaba, sólo faltaba una hora para que el telón repentino de las tinieblas cayera sobre el planeta insólito.

Lo primero que observó fue un movimiento entre los matorrales, e inmediatamente después una hedionda vaharada la llenó de asco, y entonces lo vio aparecer.

Salió a la playa renqueando.

No estaba herido, por lo que debía tratarse de uno de los reptiles que cayeron del árbol durante la lucha. Seguramente se había lesionado la espalda.

Avanzó unos cuantos metros encogido, arrastrando una pierna y con el largo brazo izquierdo encogido y agarrotado como en los casos

graves de hemiplejía.

Delly se sintió más confiada.

La lucha no sería tan despareja.

Miró a su alrededor y avanzó hacia él, observándolo fijamente, compitiendo con la diabólica brillantez de aquellos ojos sanguinolentos y estrechos como heridas.

El monstruo lanzó un chillido horripilante y se lanzó contra ella. Corría a duras penas, moviéndose hacia uno y otro lado como un borracho violento, pero conservando claramente en su mirada el propósito de asesinar.

Cuando lo tuvo a un par de metros, Delly alzó una pierna y le echó arena al rostro. No consiguió detenerlo, pero sí enceguecerlo.

Se arrojó a un lado y el reptil pasó furioso junto a ella.

Se incorporó con celeridad y lanzó una feroz puñalada al costado de la bestia, que giró transida de dolor. El giro súbito no le dio tiempo a recuperar el puñal.

Con desesperación, Delly miró hacia uno y otro lado, buscando un arma. Si conseguía algo con que acabar la tarea había ganado la partida. Pero no halló nada, sólo arena y mar en calma.

Se volvió hacia la bestia, a la que veía invadida por una furiosa idea de supervivencia.

El monstruo saltó y cayó sobre ella. Delly se apartó cuanto pudo y consiguió evitar el choque frontal, pero perdió el equilibrio y rodó sobre la arena.

Continuó rodando hacia la orilla apartándose del reptil.

Cuando consiguió ponerse de pie, el monstruo volvía al ataque. Esta vez no pudo evitarlo y lo vio en el aire, como en cámara lenta, precipitándose hacia ella con las fauces abiertas y sangrantes.

Gritó de impotencia y horror cuando el cuerpo pesado y húmedo, convulso y hediondo, cayó sobre ella, arrastrándola sobre la arena. Y súbitamente, cuando aguardaba el mordisco desgarrador, sintió qué ya no lo tenía encima.

Se puso en pie con rapidez y procuró ver qué ocurría limpiándose la arena que se le había introducido en los ojos.

La escena la dejó estupefacta.

El gigantesco antropoide que ellos habían salvado había cogido al reptil por el cuello y lo golpeaba con dureza con un puño cerrado grande como un yunque.

Luego lo depositó en el suelo y le quebró el espinazo de una feroz patada.

Delly no atinaba a moverse.

Era el mismo antropoide. Lo reconoció por la herida del mordisco en el hombro, una herida que ya casi había cicatrizado. En la pierna, allí donde había sido alcanzado por el lanzazo, sólo había un ligero magullón desprovisto de vello.

Parecía completamente recuperado.

Delly lo observó fijamente cuando dejó el cuerpo muerto en el suelo y se volvió hacia ella.

Debía medir al menos tres metros y era poderoso, muy poderoso. Las proporciones del cuerpo eran similares a las de un hombre normal, sólo que el eslabón, como lo habían bautizado, caminaba ligeramente encorvado, como si le costara un cierto esfuerzo sostener la poderosa contextura de sus hombros.

El rostro era simiesco, pero había algo en él, algo que Delly no podía definir y que lo apartaba de la condición de gorila. Tenía los ojos oscuros y hundidos y la mirada inteligente. La nariz era achatada y los labios gruesos. Su prognatismo no era acentuado.

La cresta de cabello oscuro nacía muy corto en la frente y crecía en longitud a medida que se alejaba de la frente por el centro del cráneo, alcanzando su máxima longitud en medio de los omóplatos, casi sesenta centímetros, para volver a decrecer paulatinamente y desaparecer en la cintura.

Era un espécimen increíble.

Delly experimentó una cierta ternura por él, pero no se atrevió a iniciar ningún movimiento.

El eslabón gruñó abriendo la boca, como si se tratara de una sonrisa. Luego dio media vuelta, cogió con facilidad al reptil muerto y lo echó dentro de la fosa que ella había cavado.

Se alejó sin darse la vuelta, internándose en la floresta.

Durante algunos minutos, Delly permaneció estupefacta, sin atinar a nada.

El antropoide le había salvado la vida y seguramente había estado observándola durante mucho tiempo, quizá desde que tuviera lugar la última batalla con la jauría de reptiles.

Había permanecido en las inmediaciones cuidando de ella.

Se rehízo con prontitud y caminó hasta la fosa. Cogió dos

caracolas y comenzó a enterrar con celeridad los cadáveres de la batalla.

Cuando hubo concluido se lavó en el mar, cogió agua en una caracola mayor y regresó junto al comandante.

—Hola, muchacha, ¿estoy secuestrado?

—¡Oh, *Magno*, qué alegría!

Lo abrazó con fuerza y besó los labios resecos del hombre.

—¿Dónde has estado?

—Enterrando a los monstruos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hace casi tres días que estás inconsciente.

—¿Tres días?

—Sí, fue una batalla dura y te hirieron malamente. ¿Te duele?

—Muy poco.

—¿Sabes? Creo que el agua de este mar dulce tiene una extraña propiedad curativa. Las heridas cicatrizan con rapidez.

—No conocemos nada de este planeta.

—Sí, hay algo que conocemos. Los *eslabones* son pacíficos.

—¿Cómo lo sabes?

—Toma, bebe un poco de agua mientras voy a pescar. Debes alimentarte. Ya te contaré luego una hermosa historia de amistad.

Media hora más tarde allí mismo comían con buen apetito, sobre la rama del inmenso árbol.

Entonces la noche cayó como una ola negra y total.

—¿Cuál es la historia?

—El eslabón al que ayudamos hace días me salvó la vida.

Magno la miró con expectación.

—Desde el principio —pidió—, me gustan las historias completas.

—Antes, bésame.

* * *

—Lo he hallado —dijo la muchacha, entrando en la cabina de control.

—¡Estupendo!

—Sólo necesito un par de días, tal vez tres, no más, para condensar el preparado. Estoy segura de que resistirá.

—Eso es maravilloso, Koira.

—Sólo deseo que lleguemos a tiempo.

—Tengo la nave dispuesta. Alimentos, vitaminas, un equipo completo de asistencia sanitaria, dos terminales de «Nasha», el mini laboratorio, armas y equipo de rescate. ¿Alguna sugerencia?

—Sí, abrázame, abrázame con fuerza.

Durante unos largos minutos permanecieron estrechamente unidos, confortándose mutuamente.

—¿Cuántos días hace que han desaparecido?

—Tres semanas.

—Es una eternidad.

—Confía en mí, cariño. Soy un tipo de suerte.

—¿Cómo lo sabes?

—Tú eres la prueba, podrías haber sido fea, desagradable, antipática, poco inteligente, anticuada, temerosa, infeliz, con complejos de inferioridad, mal carácter y frígida. Me hubiese tenido que cortar las venas y dejarme morir como un poeta, ya que eres la única mujer a bordo. Y en cambio, ¿qué es lo que encuentro? A ti, la más prodigiosa belleza del cosmos encantada con este humilde servidor.

—¡Payaso!

—Ven, te enseñaré la nave. Es un diseño especial.

Por los largos pasillos de *Generatia* se dirigieron hacia el laboratorio tecnológico.

La nave era del tamaño de un automóvil de carga, como los utilizados en la Tierra: una línea aerodinámica, aunque ligeramente redondeada en el centro, capaz de transportar cuatro tripulantes y ser conducida con doble control. Tenía un almacén para una tonelada de mercancías.

—Qué, ¿te gusta?

—¡Es estupendo!

* * *

Dos días más tarde estuvo perfectamente revestido con la solución preparada por la muchacha. Cogieron trajes para Corgo y Delly y se introdujeron en el navío.

—Yo te bautizo *Rescue*.

—Me parece apropiado —rio la muchacha.

Duke encendió los motores y activó la apertura de la cámara de salida. Volaron lentamente hacia la proa de *Generatia* y se detuvieron a pocos metros de la caparazón oscura.

—¿Dispuesta? —preguntó Duke.

—Sí.

—Bien, cruza los dedos.

Activó el piloto automático por las dudas que en la intentona perdieran el conocimiento y lanzó el pequeño *Rescue* hacia su destino.

Sintieron la embestida y luego, casi como una placentera transición, la llamada invisible, la petición psíquica del más allá y viajaron por un túnel de tibieza y apagado resplandor, sumergiéndose en una cálida serenidad, atrapados por sensaciones que jamás habían experimentado, como si por fin les hubiese llegado el momento de descansar definitivamente.

* * *

Cuando Duke abrió los ojos el *Rescue* estaba posado en una vasta planicie de tierra rojiza, dura y cuarteada por el sol.

—¿Dónde está el sol? —preguntó Koira.

—«Nasha» nos lo dirá. La he programado para que nos guíe. Puede buscar las constantes vitales de *Magno* y Delly.

—¿Qué clase de mundo es éste?

—Es extraño, mira aquella cordillera. Parece tallada por un escultor gigante y atormentado.

—Y los colores… son insólitos.

—Ven, preguntaremos a «Nasha».

Duke operó el terminal del ordenador pero no obtuvo respuesta.

—¿Qué ocurre?

—Tal vez no pueda contactar con «Nasha». El muro nos aísla.

—Programa los circuitos automáticos independientes, tendremos que conformarnos con ellos —propuso la muchacha.

Duke ya lo había hecho.

—¡Están vivos! —exclamó Koira con infinita alegría—. Mira la

respuesta, están vivos y sanos.

—Comienza la operación rescate, pequeña —rio Duke y operó los mandos del navío.

CAPÍTULO VII

—¿Lo ves? El agua es milagrosa.

Magno había descendido del árbol y corría por la playa recuperando la fortaleza de los músculos. La herida había cicatrizado con rapidez y el descanso lo había fortalecido.

Durante los cuatro días de convalecencia se ocupó de realizar pequeños trabajos. Compuso los arcos y construyó varias docenas de flechas y un puñal nuevo para la muchacha.

Pescaron y tomaron el sol, realizaron ejercicios y recuperaron la confianza en ellos mismos, alentados por una obsesión fundamental: buscar el origen de la llamada psíquica que los había llevado hasta aquel universo misterioso.

—¿Alcanzas a ver la isla? —preguntó Magno.

—Desde luego.

—Bien, he pensado que no iremos hasta sus proximidades andando sobre la playa.

—¿Por qué no?

—Es muy arriesgado.

—Tal vez tengas razón, pero me gustarla volver a encontrarme con nuestro amigo el eslabón.

—Si volvemos a topamos con una jauría de monstruos correremos el riesgo de acabar en sus puercos estómagos.

—¿Qué has pensado?

—Vamos a construir una balsa.

—Sí, es una buena idea.

—Ya lo he planificado todo, he tenido tiempo de hacerlo mientras tú me alimentabas y cuidabas.

—Me pagarás mis atenciones en especies.

—Será un placer, y ahora manos a la obra.

Cortaron varias docenas de juncos y los unieron mediante cuñas y cuerdas vegetales formando tres planchadas de cuatro metros de largo por dos de ancho. Luego, dejando veinte centímetros de separación entre una y otra, las superpusieron y ajustaron, flanqueándolas con trozos de madera porosa dispuestos verticalmente entre cada planchada, formando así una sólida plataforma, una balsa resistente y absolutamente insumergible. Sobre

ella construyeron un cobertizo y plantaron en el centro un mástil compuesto por varias espinas sujetas entre sí.

Paradójicamente, el mayor trabajo consistió en tejer una vela fenicia suficientemente grande como para poder impulsar la embarcación. Finalmente, al cabo de tres días de ardua labor, *Magno* sujetó el timón a la balsa y se hicieron a la mar.

La isla era solamente un punto en el horizonte y hacia ella se dirigieron sin esforzarse, utilizando solamente la escasísima brisa marina que lamía ligeramente la vela tejida.

—Esta es nuestra luna de miel. Nuestro viaje de novios, como decían los antiguos —dijo la muchacha despojándose de su corta falda y del corpiño para tenderse sobre la cubierta al sol.

—¿En qué piensas, amor?

—Adivínalo, Robinson.

Magno ató la cuerda con la que estaba pescando y se tendió a su lado.

—Tú eres el médico. ¿Me autorizas a realizar algún esfuerzo?

—¿Por qué no?

Magno la besó profundamente antes de tenderse sobre aquel cuerpo glorioso, ávido y entregado. Antes de sucumbir al espléndido encantamiento del placer total.

* * *

El viaje duró dos días. La brisa era demasiado suave y ellos no tenían ningún apuro.

Comían pescado fresco que cocinaban sobre un hornillo construido con grandes caracolas y por la noche, cuando se retiraban a dormir, dejaban caer una gran piedra sujeta por una cuerda para que la embarcación no derivara hacia el mar abierto, alejándose del rumbo previsto.

Al anochecer del segundo día podían observar claramente el perfil de la isla.

Era como una gran letra U, con elevaciones en los dos extremos, el más próximo a la orilla ligeramente más bajo que el montículo que daba al mar abierto.

Delly calculó que debía tener al menos quince metros de largo y

su altura en el pico más alto excedía los mil metros.

—Es un islote extraño —comentó observando la silueta de la ínsula.

—Como todo lo que nos ha rodeado desde que llegamos a este planeta.

—Sí, pero esa isla... no lo sé..., parece especialmente extraña, siento que tiene un significado... especial. No sé cómo explicártelo pero hay algo allí, puedo percibirlo sin ninguna duda.

—Esa es la razón por la que hemos venido aquí. Yo también lo he sentido.

—¿Cuánto desembarcaremos?

—Por la mañana, apenas desaparezca la noche.

—¿Crees que será peligroso?

—Todo lo desconocido lo es.

—Tengo miedo.

—Yo también.

—Miedo de perderte, *Magno*.

—Te quiero.

* * *

Desembarcaron en una playa limpia y desierta y dejaron la balsa flotando a pocos metros de la orilla, en prevención de alguna visita inesperada. No deseaban quedarse sin medios de escape.

Cogieron los arcos y varias docenas de flechas, los puñales y una reserva de agua. Luego se dirigieron hacia el interior.

Atravesaron una franja frondosa antes de llegar a una cadena de colinas bajas, perfectamente pulidas y redondeadas. Escalaron una de ellas y se detuvieron en la cumbre.

De un solo vistazo comprendieron que habían llegado al sitio que estaban buscando.

Las colinas trazaban un óvalo perfecto dejando dentro una franja de tierras fértiles y en el centro un lago de enormes dimensiones.

En la franja de tierras fértiles, cultivadas por grandes antropoides que realizaban todos los movimientos automáticamente, se erigían dos edificios de piedra y líneas muy modernas, como cajas abiertas al lago y equipadas con grandes superficies acristaladas.

—¡Es increíble! —exclamó la muchacha.

—Los antropoides, los *eslabones*, parecen automatizados. Alguien inteligente, una raza, una especie de... seres inteligentes habita este lugar.

—¡Mira allí!

Una familia de antropoides era conducida hacia uno de los dos edificios por un grupo de reptiles, en cuya actitud no se observaba ya aquella ferocidad espasmódica y asesina que ellos conocían.

Nada de eso.

Parecían en cambio perfectos autómatas, de aspecto desagradable pero absolutamente controlados.

—No lo entiendo —farfulló Delly.

—Vamos allá y echemos un vistazo.

Descendieron cautelosamente, procurando evitar encuentros desagradables con los reptiles que patrullaban la campiña, equipados con sus lanzas.

Los antropoides que cultivaban la tierra no parecían interesarse por sus guardianes, obsesivamente abocados a sus tareas agrícolas.

—Están como hipnotizados —dijo la muchacha.

—Sí, algo los domina.

—¿La fuerza mental?

—Tal vez.

Se encaminaron hacia el edificio por el que había desaparecido la familia de antropoides y se detuvieron ante la entrada.

El edificio estaba circundado por árboles y hierbas bien recortadas y ante la entrada había dos reptiles de pie, inmóviles, con la mirada aviesa y alerta.

—Tendremos que deshacemos de ellos —dijo la muchacha.

—No tenemos más remedio si deseamos entrar allí.

—Aunque tal vez podamos trepar al techo y buscar otra entrada. No sabemos por qué parecen controlados y tal vez nos interpongamos en sus costumbres. No me gustarla establecer un primer contacto agresivo con ellos o con quienes los controlan.

No les resultó difícil buscar un acceso al terrado del edificio y recorrerlo en busca de una entrada. Pero no la había.

—Estamos como al principio.

Se dirigieron al frente y atisbaron hacia abajo.

—Tal vez desde aquí podamos colarnos por detrás de los guardia

y evitar matarlos —dijo Magno.

—Vamos a intentarlo. Yo primero.

Magno sujetó a la muchacha por las muñecas y la descolgó hasta que su cuerpo pendió a un par de metros del suelo. Entonces la soltó.

Delly cayó con las piernas flexionadas junto a los reptiles, a su espalda, y contuvo la respiración. No había hecho ningún ruido con sus sandalias vegetales.

Magno le arrojó el arco y el carcaj con las flechas y luego se descolgó y cayó a su lado.

—Parecen sordos —dijo ella.

—Vamos, no tenemos tiempo que perder.

Entraron en el edificio.

Era hueco y vasto, como un hangar. Sólo que en él alguien había dispuesto un laboratorio de grandes proporciones. Una serie de circuitos transparentes se entretejían en el centro de la estancia. De un lado había una gran cámara de cristal conectada a los circuitos centrales. Del otro lado, una serie de cápsulas diseñadas como alvéolos en la pared y el suelo, daban la impresión de constituir un panal artificial con sus celdillas perfectamente alineadas.

—¿Qué diablos ocurre aquí? —estalló la muchacha.

—Silencio.

Se ocultaron detrás de un gran aparato del que brotaba un sonido apagado y profundo, como el de una turbina.

Los reptiles que escoltaban a la familia de *eslabones* los introdujeron en la cámara de cristal y los acostaron en una serie de camastros asépticos. Luego se marcharon.

Cuando cerraron la cámara *Magno* y la muchacha se aproximaron a la cámara.

El horror los obligó a cubrirse momentáneamente la vista.

Algo, seguramente un aumento brutal de presión, hacía estallar los cuerpos de los antropoides que manchaban de sangre y partículas de carne todo el interior de la cámara.

Cuando volvieron a mirar las partículas eran «limpiadas» por un sistema centrifugado que conducía las partículas hasta el sitio donde la cámara conectaba con los circuitos que ocupaban todo el edificio.

—¿Qué ocurre aquí? —repitió Delly trastornada.

—Ven, vamos al otro extremo, donde termina el circuito. Veremos el final del proceso y tal vez comprendamos de qué se trata.

Atravesaron el laboratorio hasta el sitio ocupado por las celdillas y allí comenzaron a comprender.

Dentro de cada una de las celdillas había un embrión de reptil envuelto en una placenta artificial y amarilla que flotaba en un líquido incoloro.

Los conductos que llegaban desde la cámara en que habían desintegrado a los antropoides aportaron una materia agrisada al líquido que envolvía los embriones y éstos parecían alimentarse de ella.

Observaron el proceso durante mucho tiempo, hasta que el líquido agrisado volvía a retomar su carácter translúcido.

—Es imposible... —murmuró la muchacha.

—¿Qué has descubierto?

—Creo que esto es una especie de... inseminación artificial.

Magno la miró estupefacto.

—Sí, lo que acabo de decirte. Mira, creo que están componiendo un ser mixto, mitad animal y mitad artificial. Esos pequeños monstruos, esos embriones de reptiles son de un material sintético y por algún sistema casi... milagroso alguien ha conseguido convertirlos en receptores genéticos.

—Es difícil de creer...

—¿Recuerdas lo que te dije cuando abrí aquel cuerpo de reptil?

—Sí, que parecía artificial, no sangraba.

—¡Exacto! Aquí está la explicación.

—¿Quieres decir que «producen» seres mixtos?

—Eso es. Los embriones son artificiales y para darles... vida, necesitan un componente celular esencial, animal, y para ello necesitan a los antropoides.

—¿Por qué? ¿Por qué lo hacen?

—No lo sé. Pero es... horrible.

—¿Quién dirige esto?

—La misma fuerza que nos atrajo hasta aquí.

El hedor los obligó a volverse. Vieron a los dos guardias dirigirse decididamente hacia ellos.

Cargaron los arcos y los atravesaron con sendas flechas, luego corrieron hacia la salida y salieron al exterior.

Todo un ejército de reptiles corría desaforadamente hacia donde ellos se encontraban.

—Estamos acabados —dijo la muchacha.

—¡Resistiremos desde el terrado!

Treparon rápidamente y lanzaron una lluvia de flechas contra aquel ejército, que había dejado de responder al control para convertirse en el mismo tipo de jauría asesina que ya habían encontrado en el continente, del otro lado del brazo de mar dulce que separaba la isla.

—No podremos resistir mucho —dijo Magno.

El haz lumínico hendió el aire y cayó como una ola ejecutora sobre la manada de reptiles rabiosos.

Desde el pequeño vehículo volador Duke Ballist y Koira Mag disparaban los cañones lumínicos sobre la horda sanguinaria.

—Vamos, hemos de llegar al otro edificio —gritó *Magno.*

Corrieron hasta el otro edificio protegidos por los disparos de sus camaradas y abatieron a flechazos a los dos guardias que continuaban custodiando la puerta.

Este edificio era más pequeño y absolutamente vacío.

Vacío.

Con excepción de un cilindro acristalado planchado en el centro de la estancia y en el medio del cual una forma poderosa y blanda flotaba en un líquido amarillento, como una gigantesca medusa unida al techo por un conductor.

—Esa es la fuente de energía —dijo Magno—. Un cerebro todopoderoso, un cerebro puro, energía pura.

—Voy a destruirlo —dijo la muchacha.

—¡Un momento! —resonó la voz de Koira a sus espaldas.

Corría hacia ellos cogida al brazo de Duke Ballist, que portaba el pequeño terminal del ordenador.

—¿Qué es esto? ¿Cómo estáis? —preguntó Duke abrazando a *Magno* y la muchacha.

Koira se sumó a la alegría del reencuentro.

—Habéis llegado justo a tiempo —dijo Delly.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió Duke.

Corgo y Delly explicaron rápidamente todo lo ocurrido, ante la mirada estupefacta de sus dos camaradas.

—Cogeremos una muestra de ese… cerebro —dijo Koira.

—Puede resultar peligroso —advirtió Duke.

—Contamos con sistemas de descontaminación perfectos —dijo la

química con seguridad.

—De acuerdo —autorizó el comandante.

Con la pistola láser perforaron un orificio en el cilindro que contenía el poderoso cerebro y el líquido comenzó a escapar de él. Koira introdujo un dispositivo en la masa gelatinosa y lo retiró con una muestra perfectamente aislada.

Cuando el líquido terminó de salir del recipiente, el cerebro-medusa se convulsionó brevemente y luego perdió elasticidad, se oscureció lentamente y su apariencia vibrátil se transformó en una sólida estructura agónica.

—Está esclerotizándose —dijo Koira.

—Está muriendo —agregó Delly.

Lentamente, aquella estructura esclerotizada comenzó a desmenuzarse, como si su destino último fuese convertirse en polvo.

Un polvo que diseminaría la brisa.

Salieron al exterior.

Los *eslabones* habían abandonado su trabajo y estaban reunidos ante el edificio con aspecto amenazador.

—Será mejor que nos larguemos —aconsejó Delly—. Son pacíficos y amistosos, pero han estado sometidos durante demasiado tiempo aquí en la isla.

Treparon al navío y se alejaron hacia el otro edificio. Desde el aire, utilizando los cañones láser, *Magno* destruyó por completo aquel vivero de seres mixtos. Luego pusieron proa al continente.

Aterrizaron frente a la isla, del otro lado de la lengua de mar.

* * *

—¿Qué ha dicho el terminal? —preguntó Delly mientras servía el pescado asado.

Koira se sentó a la mesa de madera que habían construido y expuso el informe ante ellos.

—Todavía hay mucho que investigar, pero en términos generales el cerebro pertenece a la retaguardia de una especie migratoria de seres inteligentes. Fue dejado aquí para reproducir a esos monstruos hasta la perfección…

—¿Por qué? —inquirió Duke.

—Es una hipótesis —exclamó Koira—, pero resulta verosímil. Creo que es un planeta experimental. Han trabajado con la genética animal y la animación sintética de seres artificiales. Todo lo que puedo decir es que lo han conseguido.

—¿Y el *Círculo*? ¿Qué has averiguado del *Círculo*? —preguntó Magno.

—«Nasha» no tiene toda la información. Cuando regresamos a la nave lo sabremos. Pero parece que el cosmos podría estar compuesto por enormes alvéolos conteniendo sistemas planetarios enteros y que flotan en el… espacio.

—Como glóbulos —dijo Duke.

—Como los glóbulos humanos en el torrente sanguíneo —reflexionó Delly.

—Tal vez no sea posible generalizar —intervino *Magno*—. No tiene por qué suponerse que el espacio infinito esté compuesto de semejantes glóbulos, tal vez sólo haya unos pocos, o éste solamente, o…

—«Nasha» nos dirá algo más y…

Koira se interrumpió atemorizada.

Todos se volvieron para ver al gran antropoide que habían salvado y que luego rescatara a la muchacha de las fauces del reptil.

—Es nuestro eslabón —dijo *Magno* reconociéndolo.

Duke dispuso su fusil láser.

—Deja el arma —advirtió Delly avanzando hacia el antropoide.

El antropoide se detuvo, y Delly y *Magno* se aproximaron a él.

El sonido de su voz parecía amistoso y en su rostro florecía aquella expresión semejante a una sonrisa y que Delly había detectado antes.

El eslabón estiró sus poderosos brazos y los apoyó delicadamente en los hombros de los dos terrestres.

Durante largos minutos se observaron intensamente, luego el eslabón se apartó de ellos y señaló hacia la balsa que habían recuperado y estaba fondeada junto a la orilla.

La hembra y el retoño estaban a pocos pasos de la embarcación.

—Creo que nos la está pidiendo prestada —dijo Delly.

—Sí.

Magno cogió la mano del antropoide y lo guio hasta la balsa. Cuando llegó hasta ella le indicó que podía subir. La hembra y el

retoño hicieron lo propio.

Magno empujó la embarcación y el eslabón izó la vela tejida.

—¡Es increíble! —exclamó Koira.

—No puedo creerlo, pero ha sucedido —agregó Duke, abrazando a la muchacha.

—Creo que a nuestro amigo el eslabón le aguarda una ardua tarea con sus semejantes —reflexionó *Magno*.

—Y nosotros lo ayudaremos en todo cuanto podamos —terció Delly, cogiendo la mano de su hombre.

—Bien, ¿qué haremos ahora? —preguntó Duke.

—Creo que podremos descansar unos días, tomar el sol y explorar un poco los alrededores. Deben existir infinidad de jaurías de reptiles dispersas por doquier, pero ahora tenemos armas adecuadas. ¿De acuerdo princesa? —dijo *Magno*.

—Me gusta tu plan de vida, amor.

Visitaron la isla dos veces durante aquella semana y comprobaron que el eslabón y sus semejantes continuaban ocupados en las tareas agrícolas, esta vez por su propia voluntad.

Delly utilizó su equipo para curar a un par de *eslabones* heridos y a una familia que padecía una fiebre intermitente.

Habían aprendido a convivir.

Al finalizar la semana Koira los reunió para hablarles.

—Bien, creo que ha llegado el momento de partir. Quiero realizar una serie de comprobaciones con el trozo de cerebro y con las muestras que he cogido de los reptiles y diferentes sustancias de este planeta. Para ello necesito la asistencia de «Nasha».

—Sí, es hora de regresar —acordó Duke.

Delly miró a *Magno* y espontáneamente sus manos se unieron.

—Nosotros nos quedamos —dijo *Magno*.

Delly lo abrazó con fuerza y lo besó en los labios.

—Gracias, amor —murmuró.

Koira y Duke no discutieron la decisión.

Realizaron tres viajes hasta la *Generatia* para desembarcar todo el equipo que podría serles útil en el inicio de su nueva vida, y finalmente Koira y Duke se dispusieron a regresar a la nave para emprender el viaje a la Tierra.

Se abrazaron emocionados. Eran los descubridores de un nuevo mundo. De un universo misterioso y encantador.

Se separaron y los cuatro se llevaron la mano derecha al corazón en el saludo característico de los expedicionarios.

—Mis recuerdos al mariscal Blast —dijo Magno.

—Cuando hayáis examinado a fondo el cerebro insólito podéis venir a pasar una serena luna de miel con nosotros. Os aseguro que el paisaje es de lo más… alentador —bromeó Delly, abrazando a *Magno*.

—Prometido —dijo Koira.

—Con una condición, princesa —agregó Duke.

—¿Qué condición?

—Que aprendas a cocinar algo más que pescados.

El pequeño navío se elevó con rapidez y desapareció en el horizonte.

* * *

—¿Vienes? —preguntó Delly.

—¿Adónde?

—Hay un universo desconocido que hemos de descubrir juntos.

—Y otro que será necesario construir, amor.

FIN